

# FLORENCIA BONELLI

La tía Cósima



FLORENCIA BONELLI

# LA TÍA CÓSIMA

 Planeta

## Capítulo I

### Verano del 82

#### Cósima

En mis tiempos no tenía nombre. Ahora lo llaman *bullying*. Treinta y tres años atrás, con solo trece y una familia deshecha, comencé a padecer las burlas y las agresiones de mis compañeros del secundario, aunque, si debo ser justa, el que llevaba la voz cantante en la aplicación del tormento era uno; los demás seguían su batuta como los obedientes músicos de una orquesta.

Tomarme de punto no se presentaba como un desafío a la inteligencia ni un comportamiento original. Nada en mí inspiraba la palabra «hermoso», ni siquiera «lindo» o «agradable». Gorda, estrábica, pálida, lo que realzaba la ligera pelusa negra sobre el labio superior, dientes chuecos y cejuda, encarnaba el epítome del objeto de burla. Los lentes con el parche en el ojo bueno se convirtieron en la frutilla del postre.

Como solía ocurrir en mi vida, nada podía ser normal ni simple, por lo que a ese cúmulo de desventajas físicas se le asociaba un nombre con el cual llegué a reconciliarme, pero que en aquella instancia lo juzgué un castigo: Cósima. Lo había elegido mi padre, y mi madre, como de costumbre, no había dicho ni mu. Él, empeñado en que me bautizasen en honor a su adorada madre italiana, me había echado una maldición.

Para colmo, me llamaba solo Cósima. Cósima Facchinetti. Nada de María Cósima o Cósima Alejandra, que me habría permitido escapar por la variante. Simplemente Cósima, lo cual a él, mi atormentador, le inspiró la ocurrencia de apodarme la tía Cósima, en referencia al tío Cosa, el personaje de *Los locos Addams*. Confieso que habría deseado poseer un cabello tan tupido y largo que me cubriese de pies a cabeza.

La agresividad de él me tomó inadvertida; no me la esperaba porque habíamos pasado juntos el verano del 82 y nos habíamos hecho amigos. Su familia, los Lanz Reuter, muy adinerados, poseía una quinta en el mismo country de mi madrina; es más, los terrenos colindaban. Yo estaba allí porque mi madre había caído en una depresión luego del abandono de mi padre y se olvidaba de mí. No cocinaba, no lavaba la ropa, no limpiaba, no hacía las compras, no pagaba las cuentas. Pasaba el tiempo echada en la cama, llorando un rato, insultando a mi padre en el próximo.

Un día, muerta de hambre, hurgué en su cartera en busca de dinero, decidida a embarcarme en una hazaña digna de Indiana Jones, mi héroe favorito: caminar varias cuadras hasta el supermercado para comprar algo que llevarme a la boca. Yo, que jamás iba sola a ninguna parte, encontraba aterradora al tiempo que fascinante la oportunidad de salir en busca de comida. La aventura quedó en la nada cuando me di cuenta de que no había ni un centavo en la billetera. En ese momento llamó mi madrina y la cuestión se zanjó rápidamente: me iría con ella a la quinta a pasar el verano mientras mi madre se recuperaba de la defeción de mi padre.

Lo conocí una tarde de enero, en la que, aburrida, salí a caminar. En realidad ya lo conocía; lo había espiado varias veces mientras él se divertía en la piscina de su casa con una nena, la hermana menor, deduje. No le distinguía los rasgos desde esa distancia; sin embargo, al cruzármelo en la calle supe que era él. Pasó velozmente en la bici en dirección contraria. Seguí caminando como si se hubiese tratado del viento, pese a que el corazón me bailó en el pecho. Unos segundos después me alcanzaron el estruendo de un golpe y un grito. Me giré y lo vi caído en la calle; le salía sangre por la nariz. Corrí a auxiliarlo. En silencio, sin intercambiar palabra, lo ayudé a sentarse en el cordón.

—Poné la cabeza hacia atrás —le indiqué, familiarizada como estaba con los sangrados nasales.

Me obedeció sin chistar. A continuación le acerqué mi pañuelo —sí, era previsor, jamás salía sin pañuelo— y se lo presioné contra la nariz. Abrió los ojos, asombrado, y me quedé mirándolo, cautivada por algo que escapaba a mi mente de niña de doce años, pero que percibía de manera instintiva. Con el tiempo comprendí que se había tratado

de la certeza de hallarme frente a una de las maravillas del mundo moderno: sus ojos, los más bellos que he visto. Aun hoy desafío a quien sea a encontrar otros más perfectos. De un azul cobalto, eran tan grandes que resultaban desproporcionados en su rostro de nene. Y, si su cabello era rubio, muy rubio, las pestañas, en cambio, eran negrísimas. Con los años fui descubriéndole otras perfecciones, como una nariz pequeña y delgada, labios bien delineados, dientes parejos y mandíbulas fuertes, hallazgos que solo servían para confirmar la belleza de él y acentuar mi fealdad.

Cuestión que lo ayudé a restañar la hemorragia nasal y lo acompañé a su casa, caminando, porque la rueda de la bicicleta se había torcido. No le pregunté qué le había sucedido; percibía que lo mortificaba que lo hubiese visto caído. Él, en cambio, me atacó para aliviar el dolor causado por el orgullo herido.

—Vos sos la que me espías cuando estoy en la pileta, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué me espías?

—No te espío solo a vos —me defendí—. También miro a la nena.

—Mi hermana —ratificó—. ¿Por qué nos espías?

—Porque me divierte verlos.

—¿Querés venir a jugar a mi casa mañana?

—¿A la pileta?

—Sí —contestó sin darse cuenta de que la invitación me gustaba poco y nada.

Después de haber padecido durante años los comentarios ácidos de mi padre acerca de mis hábitos alimentarios y de las formas rellenas de mi cuerpo, vestir traje de baño me acomplejaba.

Igualmente ese verano del 82 fuimos inseparables, él, su hermana Nora y yo. Desde la mañana hasta la noche, hacíamos todo juntos. Jamás había sido tan feliz y, pese a que mi padre había desaparecido de la faz de la Tierra después de haber vaciado su empresa, por la noche ya no lloraba sino que imaginaba las aventuras que emprendería con Ignacio al día siguiente. Así se llamaba, Ignacio; hasta nombre perfecto tenía. Aún recuerdo con claridad el instante en que me preguntó el mío.

—Cósima —susurré.

—¿Qué?

—Có-si-ma. —Alzó las cejas en abierto asombro y yo me apresuré a aclarar—: Es italiano —como si la excusa valiese para justificar su rareza.

Ignacio era vanidoso, manipulador y egoísta, y Nora y yo acabábamos haciendo lo que él quería. Si jugábamos a un juego de mesa y él iba perdiendo, lo que ocurría con frecuencia, abandonaba; simplemente decía: «Me harté»; se levantaba y se iba. Si jugábamos al viejito, teníamos que permitirle que nos atrapase, en caso contrario se ponía de mal humor. Atrapar a Nora resultaba fácil; a mí no tanto, porque, pese a mis kilos de más, era rápida y corría en zigzag, algo que lo irritaba sobremanera. Él, que practicaba rugby y se consideraba uno de los mejores del equipo, no podía permitirse que una gordita bizca lo venciese. Si jugábamos a las escondidas y yo era la que contaba, lo dejaba llegar a la piedra antes de atraparlo; si contaba él, me escondía en un lugar visible para que me descubriese con facilidad. Pequeñas concesiones que valían la pena si ayudaban a mantenerlo de buen humor, porque cuando estaba contento y sonreía era la visión más esplendorosa que yo había contemplado. De noche, antes de quedarme dormida, fantaseaba con que «se me largaba», como decíamos para significar que me pedía que fuese su novia. Nunca se me largó y, aunque no debería haberme desilusionado, consciente de que él era demasiado hermoso para mí, lo hice, me desilusioné. Que él marcase mis defectos me lastimaba profundamente. Una tarde me preguntó:

—¿Con qué ojo me mirás?

—Con los dos.

—¿Ves doble como Clarence? —Hablaba del león de la serie *Daktari*.

—No —me apresuré a contestar, aunque la respuesta debió haber sido sí.

—¿Vas a tener el ojo torcido toda la vida?

—Uso lentes y un parche en el ojo bueno para curarme.

—¿Un parche? ¿Como un pirata? —Asentí—. Nunca te vi con el parche; tampoco con los lentes.

—Estoy de vacaciones —me excusé.

—¿Y los lentes y el parche te van a enderezar el ojo?

—Tal vez.

—Porque no es muy lindo tener un ojo chueco. A mí me pone incómodo porque no sé a cuál de tus ojos tengo que mirar.

También me hirió profundamente cuando uno de sus amigos de rugby pasó dos días en la quinta y él me ignoró; ni siquiera me contestó cuando lo saludé. Aferró a su amigo por el brazo y caminó deprisa con la clara intención de alejarse de mí. Jugué con Nora, pero no era lo mismo. Ignacio poseía un entusiasmo ausente en su hermana menor. El amigo se fue y él me buscó, y yo lo recibí como si nada hubiese sucedido. Solo me limité a preguntarle:

—¿Por qué no me saludaste el otro día? —lo que mereció una encogida de hombros como respuesta—. ¿Estabas enojado conmigo? —insistí.

—No —fue todo lo que dijo.

Una noche, casi al final de las vacaciones, mientras pensaba en mi príncipe azul, me sobresaltaron unos golpecitos en la ventana. Levanté la persiana y ahí estaba él. Lloviznaba, por lo que tenía el rostro y el pelo cubiertos por una fina capa de agua. Abrí. Él se trepó con destreza y saltó dentro. Observé sus zapatillas mojadas y embarradas y el piso de madera, y no me atreví a pedirle que se las quitase. Él no se percató de que lo ensuciaba.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacés aquí a esta hora?

Se quedó mirándome con una expresión en la que sus ojos azules y enormes me contemplaban con un gesto desolado. Me di cuenta de que las gotas de lluvia se le mezclaban con lágrimas y de que le temblaba la barbilla.

—Mi papá y mi mamá se van a separar —susurró, corto de aliento—. Nos lo dijeron esta noche, a Nora y a mí, después de cenar.

El quebranto en su voz y su semblante desvalido me causaron una impresión indeleble. El héroe vencido. La impresión enseguida se volvió compasión. Lo tomé de la mano y lo conduje hasta la cama, donde lo obligué a sentarse en el borde. Le saqué las zapatillas embarradas antes de indicarle que subiese. Nos sentamos como los indios, uno frente al otro. Había resultado emocionante y extraño tocarlo y sentirlo confiado, más bien entregado, mientras yo lo guiaba. El corazón me latía rápidamente.

—¿Tu papá se va de tu casa y ustedes se quedan con tu mamá? —pregunté al fin.

—No sé —balbuceó y se limpió la nariz con la manga del pijama—. Creo que sí.

—Seguro que ustedes van a vivir con ella y a tu papá lo van a ver los fines de semana. Vos y Nora tienen suerte.

Alzó la vista y me destinó un ceño cargado de fastidio.

—¿Suerte, Cósima? Yo no veo la suerte por ningún lado.

—Tienen suerte porque al menos tu papá no va a desaparecer como el mío. —Se le relajó el entrecejo y separó los labios para hablar, pero no emitió sonido—. Al menos tu papá y tu mamá les avisaron que se iban a separar. Yo me enteré antes de Navidad, un día en que volvimos a casa con mamá y ella empezó a gritar como loca cuando se dio cuenta de que papá había hecho las valijas y se había ido.

—¿Y ahora dónde está? Tu papá —aclaró, y yo me encogí de hombros—. ¿No sabés dónde está tu papá? —se escandalizó.

—No. Mamá tampoco sabe. Y se lo pasa en la cama llorando. No sé qué vamos a hacer —me atreví a murmurar, pues era mi gran preocupación.

Esos días con Ignacio y Nora constituían un sueño, un recreo. Yo sabía que, tarde o temprano, el despertador sonaría y tendría que regresar a la nefasta realidad.

—¿Qué querés decir con que no sabés qué van a hacer?

Resultaba evidente que mi situación, a la cual juzgaba más trágica que la suya, le interesaba al tiempo que despojaba de dramatismo a su coyuntura.

—Nadie me lo dice, pero yo oí a mamá cuando hablaba con mi madrina y le contaba que estamos en la quiebra. Mi papá se llevó toda la plata. No tenemos un peso.

Abrió grandes los ojos y dibujó una «o» muda con sus labios suculentos y perfectos. Nada de lo explicado antes lo había asombrado tanto como la noticia de la pésima situación económica en la que nos encontrábamos mi madre y yo.

—Papá se llevó todo —recalqué— y nos dejó a mamá y a mí solas y sin nada.

—Hijo de puta —murmuró, y yo me sobresalté pues nunca decíamos palabrotas—. Cuando yo me case —prosiguió, ajeno a mi estupor— le voy a dar mucho dinero a mi esposa y jamás la voy a abandonar.

Nada dije; me limité a envidiar a la chica que se convertiría en su esposa con un sentimiento fuerte, nuevo e incómodo.

—¿Querés leche con Nesquik y Merengadas? —le ofrecí. Sabía Dios que yo las necesitaba.

—Sí, qué rico.

Regresé con el botín, al cual había agregado unas Sonrisas de fram-buesa, las favoritas de Ignacio. Comimos en silencio. Yo bebía la leche y me esforzaba por no hacer ruido al tragar. Aunque apenas picoteaba una Merengada para que no pensase que era una gorda, me moría por retorcer el merengue y paparme una detrás de la otra. A él le importaba todo muy poco excepto satisfacer su deseo, por lo que tragaba y masticaba con la educación de un chimpancé.

En mi opinión, las confesiones reveladas y la comida compartida acababan de sellar una amistad perfecta en esa noche lluviosa de verano. Nunca me había sentido tan cerca ni unida a otro ser humano como a Ignacio Lanz Reuter. Nos quedamos dormidos después de acabar la leche y de charlar acerca de los pros y los contras de tener los padres juntos o separados. Nos reímos hasta que nos dolió la panza llena de Nesquik. A veces se quedaba callado y me miraba fijamente el ojo bueno, y yo deseaba convertirme en la Cenicienta, que era la chica más hermosa que yo conocía, para inspirarle lo mismo que experimentaba yo al observarlo a él. Hubo un instante en el que fantaseé con que se me largaría; no lo hizo. Igualmente, esa me pareció la mejor noche de mi vida.

Por eso, cuando dos semanas más tarde nos encontramos en el Saint Peter's English School sentí alivio y felicidad. Era mi primer día en esa escuela nueva y amenazadora; él, en cambio, la conocía desde jardín de infantes. Me acerqué medio corriendo y lo saludé. Lanz me destinó una mirada como la que se le destinaría a un marciano. Dio media vuelta y se alejó. Me quedé de una pieza. El desprecio que me había hecho durante la visita de su compañero de rugby se repetía, solo que en esta oportunidad no duraría dos días sino que se prolongaría durante cinco años, los peores cinco años de mi vida.

Esos recuerdos evoqué la mañana del 20 de mayo de 2015 cuando Marita, mi asistente, me entregó el tazón con café con leche y el listado de pacientes y distinguí entre los nombres el de Ignacio Lanz Reuter. Después de tantos años su nombre aún me afectaba. Ese no

era *su* nombre pues mis pacientes eran exclusivamente niños. Debía de tratarse de su hijo; resultaba improbable que hubiese muchos Ignacio Lanz Reuter en Buenos Aires.

—¿Quién llamó para fijar la cita con este nene? Ignacio Lanz Reuter —aclaré y lo señalé.

—¿Así se pronuncia? ¿«Roiter»? —preguntó Marita y yo asentí—. Llamó la secretaria del padre, una mujer muy eficiente, muy profesional, diría casi maquinal, y se mostró insistente en que le diéramos el primer turno disponible, que pagarían lo que fuese para que vos atendieras a Ignacio lo antes posible.

—¿Así dijo, que pagarían lo que fuese?

—Que pagarían lo que fuese —repitió mi asistente—. Palabras exactas.

Sonreí con ironía y sacudí la cabeza. Acababa de confirmar que se trataba de él. Por lo visto, las mañas del señor Lanz Reuter no formaban parte del pasado. En su listado de valores el dinero y la belleza física constituían los pilares sobre los que se apoyaba el sentido de la vida, por lo que yo, fea y pobre, no tenía derecho a existir. Se trataba de un concepto en el que se había empeñado para que lo aprendiese. Sus métodos pedagógicos se refinaban de año en año.

Un día, en tercero, me encaró con su cohorte de idiotas, que le festejaban las bromas con risas similares a las de las hienas.

—Tía Cósima, ¿cómo hacés para venir a este colegio si tu mamá no puede pagarlo?

Lo miré a los ojos y no le contesté. Él sabía mejor que nadie que asistía a esa escuela carísima porque mi madrina, que era la directora, pagaba la cuota con un buen descuento. En caso de depender del sueldo de administrativa de mi madre habría concurrido a una escuela pública.

En ocasiones, cuando las bromas y los comentarios de Lanz Reuter se volvían insoportables, le pedía a mi madre que me sacase del Saint Peter's. Me observaba con la mirada nublada de quien consume pastillas para regular la mayor parte de las funciones vitales y respondía simplemente «no». Intentar explicarle que el mío no era un capricho habría sido lo mismo que proponerme atrapar el viento con las manos, por lo que, como de costumbre, escondía mis sentimientos y seguía yendo a esa escuela a la que detestaba.

El día en que Lanz Reuter me preguntó por qué iba al Saint Peter's si mi madre no podía pagarlo le sostuve la mirada hasta que se presentó Carlitos Naum para defenderme como un caballero de brillante armadura, solo que mi caballero medía un metro cincuenta y siete, pesaba cuarenta kilos y tenía pies equinovaros. Lanz Reuter lo apodaba Cuasimodo, aunque sabía bien que los defectos físicos de mi querido amigo se compensaban con un coeficiente intelectual altísimo. Yo amaba y admiraba a Carlitos tanto como a mi *golden retriever*, Indiana. Con ellos dos en el mundo, me convencía, no necesitaba de nadie, solo de una cuota de valor diaria para soportar las horas en esa maldita escuela.

—Vamos, Così —intervino Carlitos y me tendió la mano—. No le hagás caso a este idiota.

—¿A quién le decís idiota, vos, Cuasimodo?

—Hacés bien en preguntar, Lanz Reuter. —Pronunciaba el apellido con la fonética castellana porque sabía cuánto detestaba Ignacio que no se respetase la alemana—. Con tanto imbécil aquí —aclaró y barrió con el dedo a sus amigos— no podés saber a quién me refiero. Pero resulta ser que me refiero a vos, que sos el *rey* de los idiotas.

Lanz, que con los años y la práctica del rugby se había vuelto un mastodonte, lo empujó apenas. Carlitos, débil y poco equilibrado a causa de sus pies zambos, cayó sentado. Salté a socorrerlo. Lanz me retuvo por el brazo y me sonrió con malicia al decirme:

—Que se levante solo, si puede, tu amigo el rengo.

Lo despreciaba, pero nunca tanto como cuando atacaba a Carlitos. Volví a mirarlo a los ojos y me dio asco su belleza, su sonrisa perfecta, su cuerpo bien desarrollado, sus pies y sus ojos derechos. Y repentinamente vi la fealdad de esa belleza.

Todavía me pregunto cómo reuní la fuerza para propinarle el trompazo que le partió el labio. Me soltó enseguida para cubrirse la boca y yo corrí a auxiliar a Carlitos. Lo ayudé a incorporarse y nos alejamos hacia nuestro escondite sin mirar atrás. Pensé que me acusaría con la celadora y que terminaría expulsada, lo cual no era una perspectiva tan deplorable salvo por el hecho de que no vería a Carlitos todos los días. No me delató y, aunque siempre me quedé con la intriga de por qué no lo había hecho, no me atreví a preguntarle.

Desde ese día redobló su hostilidad hacia mí. Pagué un precio alto por haberlo humillado frente a su séquito de borregos. Las bromas y los comentarios hirientes se volvieron implacables; algunos entrañaban una logística y preparación previas, como colocarme un globo en la silla del pupitre que imitaba el ruido de un pedo al ser aplastado o tirar bombitas de olor cerca de mí y anunciar a viva voz: «¡La gorda se cagó!». Me pegaba carteles en la espalda con mensajes al estilo de «Pateame». Él fue el único que me propinó un puntapié en el trasero; cuando lo increpé, me arrancó el cartel de la espalda y me lo plantó frente a la cara: «Solo cumplo con tu deseo, tía Cósima». A veces me decía Alan Parsons, como el músico inglés, por eso de que había compuesto un disco que se llamaba *Un ojo en el cielo*.

Su hermana Nora se le asemejaba solo en el aspecto físico; en el carácter era el opuesto. Carlitos estaba loco por ella. La buscábamos y le dábamos charla en los recreos, pero Nora prefería estar con las chicas de su división, una por debajo de la nuestra. No obstante, cuando nos cruzábamos en las galerías y en el patio nos saludaba con la mano y nos sonreía. Una vez, a principios de cuarto año, Carlitos, que lo que le faltaba de atractivo le sobraba de seductor, la convenció para que fuésemos al cine a ver *Indiana Jones y el templo de la perdición*. Nosotros la habíamos visto tres veces y la hubiésemos visto cien más. Nos asombró enterarnos de que ella conocía solo de mentas al gran Indiana. Nos miramos con la expresión desconcertada de quien se pregunta: «¿Es eso posible?». Lo bueno fue que aceptó la invitación. El sábado por la tarde lo pasamos muy bien; Carlitos mejor que nadie. Estaba en las nubes y no cesaba de describir los talentos y las bondades de Nora Lanz Reuter una vez que nos quedamos solos tras haberla acompañado a su casa, una mansión en la calle Melián.

Poco después le diagnosticaron leucemia y en los meses sucesivos prácticamente no la vimos ni supimos de ella. Yo me dedicaba a consolar a Carlitos y a observar a Lanz Reuter, que, ahora comprendo, negaba la situación y se refugiaba en su ego y en su agresividad, en especial la destinada a mí. No había vez que no me viese y pusiese los ojos bizcos e hiciera muecas desagradables en el acto de imitar mis facciones. Los carteles con frases como «Me gustaría ser puta pero no me da el cuero» o «Se aceptan donaciones para una cirugía plástica reconstructiva» eran cosa de todos los días.

Vanesa, la compañera más linda del curso y novia de Lanz Reuter, nos invitó a Carlitos y a mí a su cumpleaños. Pasado un segundo de estupor, aceptamos. Recuerdo que íbamos nerviosos pero contentos a la casa de Vanesa ese domingo por la tarde. Volvimos llorando. Y empapados. Nos habían arrojado a la piscina.

Llegó el día en el que nos avisaron que Nora había fallecido. Mi madrina nos llevó a Carlitos y a mí a lo de Lanz Reuter, donde la velaban. La madre, bella, altanera y distante, conversaba con unas mujeres; el padre se encontraba en la otra punta y charlaba con una pareja. Carlitos me apretaba la mano y se mordía el labio para no explotar en sollozos. Nos asomamos para ver a Nora en el cajón. No quedaba rastro de la chica que recordábamos; parecía un fantasma. La enfermedad la había devorado.

Nos sentamos en unas sillas especialmente dispuestas en el living mientras esperábamos a que mi madrina terminase de saludar a los deudos. Yo quería escapar de allí. No había avistado a Lanz Reuter y rezaba para no cruzármelo. Estaban Vanesa y varios compañeros cuchicheando y estudiando el entorno, sobre todo a Carlitos y a mí.

Se aproximó una de las empleadas domésticas de riguroso uniforme negro con una bandeja. No venía a ofrecer café sino a entregar un mensaje.

—Dice Ignacio que si podés ir un momento a verlo.

Me quedé muda.

—¿Yo? —balbuceé un instante después.

—¿Sos Cósima? —Asentí—. Entonces sos vos.

—No vayas, Così —me advirtió Carlitos y, para mayor seguridad, me aferró la muñeca—. Quiere hacerte una broma pesada o decirte algo hiriente.

A la empleada no se le movió un pelo con el comentario, como si lo encontrase natural, y me pregunté si también con ella el hijo de la patrona se mostraría cruel.

Toqué la mano de Carlitos mientras nos mirábamos a los ojos. Asentí, y él me dejó ir. Caminé detrás de la empleada, subí por una escalera fastuosa de mármol *botticino* y me adentré en un pasillo largo cubierto por una alfombra asombrosamente mullida de color beige. Las puertas blancas se sucedían a uno y otro lado. La chica me señaló

una casi al final y se marchó con aire indiferente. Llamé con dos golpecitos delicados.

—Pasá —invitó Lanz, y su voz no me alcanzó con el timbre congestionado ni lloroso que esperaba.

Entré. La habitación era enorme, luminosa, y denotaba riqueza. Lo hallé echado en la cama, en la pose de un César, con la cabeza apoyada en la pared y una rodilla flexionada; faltaban los dos esclavos negros abanicándolo y Vanesa, cubierta por una túnica y con ajorcas de oro en los brazos, dándole uvas en la boca. Nos miramos fijamente y por un instante me pareció advertir que una mueca de dolor le tensaba las facciones. Quería darle el pésame, como había visto hacer a mi madrina con los padres, pero el saludo me resultaba pomposo. Meditaba qué decir cuando él se me adelantó.

—Sabía que ibas a venir si yo te llamaba.

Nuestros ojos no se apartaron en el mutismo que siguió. Me giré con la intención de marcharme. Él me detuvo al hablar de nuevo.

—Serví para algo, tía Cósima, y levántame el ánimo como hiciste cuando se separaron mis viejos.

No creo que haya vuelto a experimentar por otro ser viviente el odio y la bronca que me inspiró ese chico en el día de la muerte de su hermana. Había transcurrido poco tiempo desde la fiesta de Vanesa, y las humillaciones y las bromas pesadas que habíamos padecido estaban frescas en mi memoria.

—Habría sido mejor que te murieses vos y no tu hermana, que era tan buena.

Me quedé los segundos necesarios para advertir la genuina mueca de asombro, horror y dolor, en ese orden, que le transformó el gesto. Di media vuelta y cerré tras de mí. A pocos pasos escuché el estruendo de algo que golpeaba la puerta.

En el último año de secundario Lanz Reuter se volvió más agresivo, pendenciero y arrogante. Temía su maldad. Estaba enojado con el mundo y yo me había convertido en su *punching-ball*. Carlitos la ligaba de rebote porque me defendía; que intentase protegerme lo enloquecía de rabia.

Pese al ensañamiento de Lanz y a que todavía nos dolía la muerte de Nora, el 86 no fue un mal año. A principios de abril, a sugerencia

de mi madrina —mi hada madrina debería decir—, nos unimos a un grupo juvenil católico en el que nos sentimos cómodos entre pares por primera vez. Nadie se burlaba de mi ojo o de mis dientes torcidos ni de la renguera o la estatura de Carlitos. En ese grupo conocimos a Natalia Rigatoni, mi mejor amiga hasta el día de hoy y esposa de Carlitos. Antes de hacernos amigos y de saber su nombre la apodamos Campanita, ya que era minúscula, movediza y hermosa.

Si bien me gustaba el grupo juvenil, me daba la impresión de que algunos posaban. Su actitud fraternal y gentil formaba parte de un comportamiento impostado, que se ajustaba a la definición de «ser un buen cristiano». Campanita, en cambio, era genuina en su bondad y alegría. La quise en el momento mismo en que se presentó con su sonrisa incansable. Carlitos no tardó en enamorarse, lo cual me alegró pues andaba de capa caída desde lo de Nora.

Con Natalia hablábamos libremente, nada la espantaba ni la escandalizaba. Le conté que quería estudiar Psicología y me llevó a su casa para que hablase con la madre, que era psicóloga. Allí conocí a Luis, o Lucho, como lo llamaban, su hermano mayor, del cual me enamoré. Así andábamos los dos, Carlitos y yo, desesperadamente enamorados de los hermanos Rigatoni, que por el momento solo nos ofrecían su amistad.

La otra cosa buena del 86 fue que operaron los pies de Carlitos por segunda vez, en esta ocasión con éxito. Volvió de las vacaciones de invierno en muletas, que poco a poco fue abandonando gracias al empeño que ponía en la rehabilitación. La idea de caminar como cualquier otra persona frente a Natalia se había convertido en el mejor estímulo. Y lo consiguió. Yo, que habría deseado que me enderezaran el ojo con un bisturí, ni siquiera se lo mencionaba a mi madre; la cuestión económica era un gran impedimento.

Natalia conocía la hostilidad de la que éramos víctimas, por eso no se sorprendió cuando le contamos que no participaríamos del viaje de estudios a Bariloche. En cambio se mostró inflexible cuando le dijimos que no concurriríamos a la fiesta de egresados.

—¡Claro que van a ir! Ese imbécil de Lanz no puede ganar siempre la partida. Van a ir. Vos, Cosi, irás con Lucho, y vos, Carlitos, conmigo.

Era difícil dejar sin palabras a Carlos Naum. Y con esa sonrisa de bobo. Yo, en cambio, me opuse. Era fea y gorda, sí, pero tenía mi

orgullo y no quería que un chico buen mozo como Luis Rigatoni me acompañase por lástima.

—Lucho no va a ir con vos por lástima, Cósima —se impacientó Natalia—. Le caés muy bien. Además, solo con oír el sonido de la letra «f» de «fiesta», él ya está listo como un *boy scout*. Si encima hay comida gratis, no hay quién lo pare.

Natalia, que poseía un sentido natural de la coquetería y de la estética, me acompañó a comprar el vestido, que por supuesto pagó mi madrina. Nunca habría imaginado la de trucos a los que se podía echar mano para ocultar defectos y realzar virtudes hasta que Natalia me explicó la conveniencia de adquirir *ese* vestido, uno de tafeta lila que me marcaba la cintura, bastante afinada pese a mis kilos de más, con mangas tres cuartos, que me adelgazaban los brazos, y con una falda plato abultada con tul blanco que me llegaba a las rodillas y que disimulaba mis caderas y mi trasero más que generosos. Nada de chatitas; necesitaba tacos para estilizarme, por lo que me prestó unos zapatos de su mamá, blancos y clásicos, que, en verdad, al elevarme, me hacían lucir más delgada.

La tarde anterior a la de la fiesta Natalia me depiló los bigotes y, aunque me arrancó lágrimas, valió la pena. Me afinó las cejas porque, según ella, eran gruesas como las del almacenero gallego de la vuelta de su casa, y despejó el entrecejo que yo usaba al estilo Frida Kahlo.

—Tus cejas son negrísimas y eso me encanta, Cosi —trató de animarme—, pero hay que podarlas un poco.

Me hizo la toca, por lo que mi cabello oscurísimo, siempre un infierno de bucles, quedó lacio, brillante y largo hasta rozarme la cintura. Me maquilló y me prohibió usar los lentes. El resultado me dejó fascinada, más allá de que mi ojo torcido siguiese allí y arruinase un poco el esfuerzo de mi querida amiga.

—¡Qué linda estás, Cosi! —exclamó Lucho, tan bueno como su hermana.

Él me pareció la criatura más hermosa en su traje azul oscuro. Carlitos no dijo nada; me estudió de pies a cabeza y se limitó a soltar un silbido de aprobación.

Entramos en el salón. Lucho, que sabía acerca del hostigamiento de Lanz y de su jauría de hienas, entrelazó los dedos con los míos

como si fuésemos novios. Me puse roja como un tomate. Me miró y me guiñó un ojo.

—Vamos a darle un poco de envidia a ese grupo de imbéciles, ¿eh, Così?

—Está bien —murmuré, insegura, avergonzada.

No obstante, cuando mis ojos se detuvieron en los furibundos de Ignacio Lanz Reuter, que pasaban de mí a Lucho, de Lucho a mí, cobré entereza y me sentí triunfal. Jamás lo había visto tan descolocado como cuando me descubrió de la mano con un chico no tan espectacular como él, pero nada mal para la tía Cósima.

Estábamos pasándolo muy bien, olvidados de Lanz Reuter y de su estela de maldad. Me daba risa la alegría de Lucho frente a cada plato que le servían y el modo cariñoso al tiempo que sarcástico con que se trataban los hermanos Rigatoni. Lucho me prestaba atención y le interesaba saber acerca de mi elección de carrera. Él estudiaba para veterinario y lo que me contaba me tenía fascinada. Salió el tema de Indiana, mi *golden retriever*, y me sorprendió cuánto sabía acerca de la raza. Me contó que en la facultad un profesor lo había incluido en un proyecto para criar perros con fines de servicio y asistenciales. Los labradores *retriever* y los *golden retriever* eran considerados los mejores para esas funciones.

Pusieron un tema de Madonna que a Natalia le encantaba y nos trasladamos a la pista para bailar. Desafortunadamente Lanz y su novia bailaban con los amigotes. Me di cuenta de que furtivamente extraían botellitas de whiskey, esas que se encuentran en los minibares de los hoteles, y las vaciaban como si se tratase de agua. Un mal presentimiento opacó mi alegría. Se lo hice notar a Carlitos, que se encogió de hombros y siguió bailando con sus pies nuevos.

Teníamos calor y nos dio sed. Lucho y yo decidimos salir un rato al jardín del salón y sentarnos junto a la piscina. Ofreció ir a buscarme una gaseosa. Me quedé sola, mirando el reflejo de la luna en el espejo de agua y sonriéndole a la nada.

—¿El taxi *boy* ya te dejó? ¿Su tarifa solo cubre hasta esta hora?

Di un brinco en el asiento. Lanz Reuter se había aproximado de una manera subrepticia; no lo había escuchado. Me puse de pie dispuesta a regresar al salón. No solo lo odiaba, también le temía. Se movió con

una rapidez que hablaba de su gran destreza deportiva y me aferró por la muñeca. Intenté escapar y me aprisionó el otro brazo. Sus manos callosas y enormes me apretaron hasta tocar el hueso. Lancé un quejido, dominada por una sensación de impotencia. Con la música a todo volumen habría sido en vano gritar, nadie habría acudido en mi auxilio. Me preguntaba cuánto le tomaría a Lucho regresar con las bebidas; la fila en la barra era larguísima. «Este chico», pensé, «puede hacerme lo que quiera y yo no seré capaz de evitarlo».

—¡Soltame! ¡Dejame ir!

Me arrastró hasta que percibí la rugosidad de la pared en la espalda. Me rebullí, furiosa, sin conseguir apartarlo un centímetro.

—Quedate quieta. Solo quiero hacerte una pregunta.

Alcé las pestañas para mirarlo. Me sonreía con maldad, siempre hermoso y para nada agitado. Yo respiraba como si acabase de sacar la mayor cantidad de vueltas en el test de Cooper. De seguro se me había corrido el maquillaje y tenía el pelo desordenado. No conseguía hablar; la garganta se me había secado.

—Eso es, tía Cósima. ¿Ves que vos y yo podemos hablar sin necesidad de sacarnos los ojos?

—Dejame ir —susurré y tragué para humectar la boca seca—. Por favor.

—Una pregunta, una respuesta y te dejo ir. ¿Cuánto le pagaste a ese pibe para que se haga pasar por tu novio?

—¿Qué?

—No te hagas la mosquita muerta. ¿O te pensás que me iba a creer que ese pibe era tu novio?

—No quiero hacerte creer nada. Dejame. —Más forcejeo infructuoso—. ¡Soltame!

—No hasta que me digas lo que te he preguntado. Es imposible que ese pibe se fije en un escarabajo como vos.

—¡Qué te importa a vos de mí! —exclamé con una potencia redoblada por la ira y el odio.

Durante un lapso infinitesimal Lanz Reuter se echó hacia atrás y mostró asombro y también algo que me pareció tristeza.

—¿Cómo, tía Cósima? —preguntó enseguida echando mano de su sarcasmo habitual—. ¿No somos amigos? Ese verano, en la quinta,

estabas loquita por mí. Querías ser mi novia, ¿no? Habrías hecho cualquier cosa que te pidiese, estoy seguro.

Volvieron a mí las imágenes de esos meses compartidos con los hermanos Lanz. Ablandé el cuerpo y le pregunté vencida, sin orgullo, sin fuerza, sin nada:

—¿Por qué tenés que arruinarlo todo, Ignacio? ¿Por qué me odiás tanto?

—Porque sí —me replicó con los dientes apretados—. Te lo merecés por ser fea y estúpida. Me estoy cansando de esperar, tía Cósima. Decime cuánto le pagaste a ese chico para que se hiciera pasar por tu novio.

Lo miraba a los ojos, asustada y humillada, pero también intrigada: me intrigaba saber cuál era el origen de tanta maldad y rabia.

—¿La tarifa que le pagás también incluye que te dé un beso en la boca?

—Déjame ir, por favor.

—¿Ya te dio un beso? ¡Respondeme! —Me sacudió por las muñecas y me golpeé la cabeza contra la pared.

—No, no, no me besó —tartamudeé, muerta de miedo.

—¿Alguna vez chapaste con alguien, tía Cósima? No, claro que no. ¿Quién querría besarte? ¿Sabés qué? Como soy un tipo muy piola, voy a hacer el sacrificio y te voy a dar tu primer beso.

—¡No! ¡No!

—¡Sí! ¡Sí! Para que sepas lo que es un verdadero macho y un buen beso. Para que puedas comparar con tu taxi *boy*.

Sacudí la cabeza para esquivar su boca con aliento a whiskey y a cigarrillo, espantada ante la idea de que los labios de ese ser perverso fuesen los que tocaran los míos por primera vez. Siempre había imaginado una escena idílica para mi primer beso. Me negaba a que Lanz arruinase también esa ilusión y sin embargo era consciente de que perdía la batalla. La impotencia y la vulnerabilidad me ahogaban.

Lanz me echó el cuerpo encima y me apretó aún más contra la pared, cuya superficie de ladrillos a la vista se incrustó en mi espalda y me hizo doler. Tomó mis muñecas en su mano izquierda y me obligó a levantar los brazos sobre la cabeza. Me sujetó el rostro por la mandíbula

y apretó para que me quedase quieta. Aunque intenté moverla, me resultó imposible, como si tuviese la cara encajada en una morsa.

—¿Por qué no querés que te bese?

—Porque te odio.

—No me odiás. Eso que dijiste el día en que murió Nora no es cierto.

Me asombró que lo recordase. Con Lanz tenía la impresión de que solo se daba cuenta de que yo existía cuando, por esos infortunios de la vida, entraba en su campo visual. El resto del tiempo se olvidaba de mí.

—Sí, es cierto —confirmé—. Habría sido mejor que murie...

Me acalló con un beso brutal. Sus labios aplastaron los míos hasta que sentí los dientes presionar contra la carne. Me tomó por sorpresa cuando me penetró con la lengua. No había imaginado que cruzaría esa línea. Me quedé quieta un instante, abrumada por esa violación a mi intimidad, asqueada por los sonidos que él hacía, por cómo se refregaba en mi cuerpo. Otra vez Lanz lo arruinaba todo. El día en que un chico y yo nos enamorásemos no podría decirle: «Quiero que seas vos el que me bese por primera vez». Tal vez era una romántica incurable o una inocentona, pero se trataba de algo importante para mí, y mi torturador me había arrebatado ese sueño.

La ira me brindó fuerzas para presentar pelea. Lo sorprendí pues, estoy segura, creía que me había subyugado, incluso su mano derecha sobre mi mandíbula había aflojado la sujeción y su contacto casi semejaba una caricia. Agité la cabeza pese a que los filos de los ladrillos me lastimaban e intenté arrancar las muñecas de su garra. Emití quejidos ahogados y moví las piernas. Todo esfuerzo resultó inútil. Con su cuerpo de *forward* de rugby aplastándome contra el muro era como si se me hubiese echado encima una roca.

Escuché ruidos de vidrio al romperse y también el nombre de Lanz pronunciado a los gritos por una voz femenina, la de Vanesa. La presión cedió casi de inmediato y me doblé sobre mis rodillas para tomar aire.

—¡Hijo de puta! —escuché que Lucho exclamaba y me incorporé súbitamente.

Frente a mí se había desatado la pelea. Vanesa me tomó por los hombros y me asestó una bofetada. Con la mano sobre mi mejilla, me quedé mirándola, estupefacta.

—¡Dejá a mi novio en paz!

No tenía tiempo de lidiar con ese coco hueco. La empujé para abrirme paso y corrí hacia Lucho y Lanz que se habían trezado como perros salvajes. Sin duda Lanz era más fuerte y corpulento; Lucho, sin embargo, presentaba batalla con coraje.

Aparecieron Carlitos y Natalia y en un instante la fiesta entera rodeaba a los contendientes y los alentaba. Sus exclamaciones ahogaban mis súplicas. Cayeron en la piscina, donde Lanz Reuter tomó la posición dominante y hundió la cabeza de Lucho.

—¡Dejalo respirar! —le suplicaba sin resultado.

Me arrojé a la piscina. Carlitos lo hizo detrás de mí. Me colgué de los hombros de Lanz mientras Carlitos intentaba quitar sus manos de la cabeza de Lucho. No sabía qué hacer. Habermé sujetado a la espalda de mi torturador estaba teniendo el mismo efecto de un mosquito posado en su hombro. Le mordí el cuello. Nunca había mordido a nadie y esa noche descargué una dentellada llena de pasión y de odio, que lo hizo aullar de dolor y convulsionarse de un modo tan violento que me arrojó hacia atrás. Soltó a Lucho y se volvió hacia mí. Y ese fue el instante en que más miedo le tuve. Su mirada de ojos asesinos me cortó el aliento y cuando avanzó cubriéndose con la mano el sitio donde lo había mordido pensé que me había llegado la hora. Caminé hacia atrás entorpecida por la falda plato llena de tules cargados de agua.

—¡Gorda bizca hija de puta! —me insultó y, a punto de lanzarse sobre mí, dos padres de la organización de la fiesta lo sujetaron y lo condujeron fuera de la piscina.

Lucho y Carlitos me ayudaron a salir. Temblaba y me castañeteaban los dientes. Natalia me envolvió con una toalla y me dejó guiar por ella. Caminé con la cabeza baja, observando los pies que se apartaban para dejarnos pasar, escuchando mi propia respiración agitada en el mutismo del salón sin música, mientras luchaba por contener el llanto. Hasta que me di cuenta de que estaba en el baño, sola con mi amiga. La abracé y me largué a llorar como pocas veces lo había hecho. Oí que se abría la puerta y me tensé. Temía que fuese de nuevo Vanesa con sus reclamos celosos. Eran Carlitos y Lucho. Enseguida sentí que los brazos de mi mejor amigo me rodeaban por detrás y percibí que me besaba la nuca.

—¿Cómo estás? —quiso saber.

—Mojada.

—Siempre terminamos mojados en las fiestas, vos y yo —apuntó con acento risueño.

—En las fiestas en las que está Lanz.

—Sí —admitió.

Me aparté de Natalia y le sonreí con labios resecos y temblorosos. Me devolvió una mirada atónita.

—Es mucho peor de lo que imaginaba —comentó.

Me dirigí a Lucho.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, no te preocupes por mí.

—Gracias por defenderme. Me da vergüenza todo esto.

—No tenés que tener vergüenza de nada, Cosi. Ese pibe es *muuuuy* imbécil. Es él el que debería avergonzarse, no vos.

—¿Qué pasó, Cosi? —quiso saber Carlitos.

—Lucho fue a buscar una gaseosa y me quedé sola en el jardín —expliqué—. Lanz se apareció de repente, no lo escuché acercarse, y me preguntó cuánto le había pagado a... no recuerdo qué dijo, algo con «*boy*»... «*Taxi boy*», eso dijo. Que cuánto le había pagado al taxi *boy* para que se hiciese pasar por mi novio. Traté de escaparme pero me agarró muy fuerte y...

—Te besó —completó Carlitos y yo me limité a asentir, mortificada por la humillación—. ¡Hijo de puta! Me gustaría verlo muerto, al muy hijo de puta.

Extendí la mano y sujeté la de mi amigo del alma, que entrelazó sus dedos con los míos. Los hermanos Rigatoni nos dejaron solos. Natalia fue a pedir más toallas y Lucho a buscar el auto para irnos.

—¿Te lastimó? —inquirió Carlitos.

—No —dije y me miré las muñecas enrojecidas—. Fue muy bruto, pero no me lastimó.

—Siempre lo sospeché.

—¿Qué? ¿Qué sospechaste?

—Que Lanz está loquito por vos.

—Carlos Naum, ¿estuviste tomando?

—Coca y Sprite. Estoy muy lúcido, Cosi.

—No parece. Lanz me dijo que era fea y estúpida y que era imposible que un chico como Lucho se fijase en mí.

—Está más celoso de lo que imaginaba —masculló Carlitos y yo solté un bufido incrédulo—. Que vos te creas la peor de todas no lo convierte en realidad. La verdad es una sola: sos la *mejor* de todas y, aunque lo deteste con todas mis fuerzas, debo concederle a Lanz que supo ver la gran chica que sos. Y le gustás.

—Estás delirando, Carlitos. ¿Porque le gusto me trata como si fuese basura?

—Yo creo que...

—¿Qué? —lo insté.

—Es duro lo que pienso.

—Decilo. Soy fuerte.

—Vos le gustás muchísimo, pero le daría vergüenza andar con una como vos porque no sos como las minas que, se supone, andan con uno como él. No sos como las minas con las que él se pavonea en su club de rugby.

—Una como Vanesa —susurré y un cansancio demoledor me hizo entrecerrar los párpados.

—Sí, una como la hueca de Vanesa. Linda, muy linda, pero sin nada de seso. Ni corazón —añadió y volvió a apretarme la mano.

—Sea como sea —suspiré—, Lanz arruinó todo de nuevo. Estaba feliz, Carlitos. Lucho es repiola y lo estaba pasando tan bien con él. Me había olvidado de mi estrabismo, de que soy gorda, de todo. Hasta que llegó Lanz y lo arruinó como siempre. Y me dio mi primer beso. Yo quería reservarlo para el chico que me gustase y ahora...

—Ahora nada, Cósima. Eso no fue un beso. Eso fue cualquier cosa menos un beso. Un ataque, eso fue. Deberían expulsarlo del colegio, salvo que no lo harán porque su familia es importante y la constructora del padre terminó el gimnasio y el anfiteatro casi sin cobrarles. Pero eso no fue un beso —reiteró con una determinación inusual.

Asentí, aunque en el fondo para mí seguía siendo el primer beso.

—¿Qué es un taxi *boy*, Carlitos?

—No sé.

—Sí sabés. Decime.

—Un prostituto.

—¡Oh!

Al día siguiente amanecí con treinta y nueve de fiebre. El médico diagnosticó gripe y me indicó reposo. Extendió un certificado para el

colegio en el cual expresaba la necesidad de que me ausentase siete días. Mi madrina, mi dulce hada madrina, me visitaba por la tarde, cuando salía del Saint Peter's. El día anterior a mi reincorporación, al verme un poco más animada, sacó el tema de lo ocurrido en la fiesta. Lo sabía gracias a los chismes del colegio. Para corroborar las versiones había telefonado a una de las madres organizadoras del evento, «una con criterio, que no abundan», aclaró, que la había informado acerca de los detalles.

—¿Desde cuándo Lanz Reuter te molesta?

—No importa, madrina.

—¿Desde cuándo, Cósima?

—Desde primer año.

—Y nunca me lo dijiste. ¿Por qué?

—Porque no quería que tuvieses problemas por mi culpa. Demasiado que me pagás la cuota del colegio y me comprás todo.

—¡El dinero no tiene un pito que ver con esto, Cósima! Ese chico ha estado hostigándote todo este tiempo bajo mis narices y yo como si nada. ¿Fue por él que no quisiste ir al viaje de estudios?

—Por él y por lo que te dije, porque no quería que vos lo pagases. Demasiado con todo lo que nos das a mamá y a mí.

—Qué chinita —masculló entre dientes.

—Ya no importa, madrina. Por suerte, en dos semanas terminan las clases y nunca más volveré a verlos, ni a Lanz ni a sus amigos.

—Lanz Reuter está amenazado con la expulsión si vuelve a molestarte, a vos o a Naum, que ya sé que lo tenía de punto a él también. Quiero que, aunque sea por esta última semana, estés tranquila y disfrutes. No volverá a molestarte. ¡O por Dios que lo expulso!

Regresé al colegio más pálida y ojerosa que de costumbre, aunque serena. Llegó a mis oídos lo que se murmuraba, que yo le había suplicado a Lanz que me diera un beso. Él, borracho como estaba, había accedido sin saber lo que hacía. Según Carlitos, Vanesa había echado a rodar el chimento para evitar la humillación de convertirse en la traicionada. Yo me encogía de hombros y seguía mirando el patio donde jugaban los chicos de primaria. Me encantaban los niños y, si no me hubiese sentido débil, me habría puesto a jugar con ellos.

El beso forzado de Lanz y esa semana de gripe en la que me lo había pasado meditando operaron en mí como un proceso de purgación,

un catalizador que me había impulsado a cambiar lo que no me gustaba y que podía cambiar y a aceptar lo que siempre sería parte de mí.

Desde aquel lejano día del 86 había transitado un largo camino de éxitos y también de pérdidas y tristezas. Pero sobre todo me había convertido en una mujer de la que me enorgullecía. Y de nuevo Lanz se cruzaba en mi camino y me hacía temblar.

Volví a fijar la mirada en el listado con el nombre Ignacio Lanz Reuter y me pregunté por qué me inquietaba. No podía tratarse de miedo; él ya no estaba en posición de herirme ni de humillarme. ¿Qué estaba sucediéndome, entonces? Me debatía entre cancelar la cita o saciar la curiosidad y tenerlo a mi merced en el consultorio. ¿Qué problema acuciaría a su hijo que lo obligaba a rebajarse y a solicitar mi ayuda? Me dije que quizá Lanz no tenía idea de que su mujer había solicitado el turno con una tal licenciada Cósima Facchinetti. Un tipo como él, presidente de una de las empresas más importantes del país, que se codeaba con políticos de alto vuelo y con personajes del *jet set* y que a menudo aparecía en las revistas *Gente* u *Hola*, no contaría con tiempo para acompañar a la consulta a su hijo. Igualmente no debía perder de vista que, según Marita, había sido la secretaria de Lanz la que había solicitado el turno. Tal vez, reflexioné, se tratase de la asistente de la esposa y no de la de Lanz.

¿Cómo sería la mujer que había elegido como compañera y madre de sus hijos? Hacía poco había visto en el diario una foto de ella y de Lanz tomada durante la inauguración de una cárcel modelo construida por Lanz Reuter Construcciones. Me pareció bellísima. ¿Sería buena persona?

Tal vez resultase sensato derivarlo a colegas de otras instituciones; había dos a las que consideraba recomendables. Sacudí la cabeza. No, nadie sabía de autismo y otras condiciones propias de los niños con problemas comunicacionales como yo. No se trataba de falta de modestia; era la verdad. Me había dedicado con el alma a entender cómo pensaban, sentían y vivían las personas que no se comunicaban de acuerdo con nuestros cánones, y la fundación que Carlitos, Lucho y yo habíamos creado merecía reconocimiento internacional.

Si por miedo o revancha —en este punto no sabía bien cuál— derivaba a su hijo, la más perjudicada sería la inocente criatura que

nada tenía que ver con los pecados de juventud del padre. Además, me consolé, quizá se presentase la esposa. ¿Por qué me engañaba? No solo tenía el pálpito de que ese día, a las cinco y media, lo vería cruzar el umbral de mi puerta, sino que lo deseaba. Y eso me aterrorizó.

Apreté el nombre de Carlitos en mi listado de contactos y esperé ansiosa a que atendiera. Tenía miedo de que ya hubiese iniciado la adaptación de la perra Sole con Elenita Rodríguez. Cuando Carlitos trabajaba no le atendía el celular ni a la mismísima Natalia, que habría sido como decir ni al mismísimo Dios.

—¿Qué tul, Cosi? —me respondió con su alegría sempiterna.

—Emergencia. ¿Tenés dos minutos para hablar?

—Estoy subiendo a Sole al auto para ir a lo de Elenita. Tengo unos minutos, sí, pero no muchos. ¿Qué pasa?

—Marita acaba de pasarme el listado de los pacientes de hoy.

—Ajá. ¿Y?

—Para las cinco y media tengo agendado a un nene.

—Hasta ahora, nada nuevo —apuntó mi querido amigo.

—El nene se llama Ignacio Lanz Reuter.

Tras un silencio Carlitos expresó:

—Es su hijo, *tiene* que serlo.

—Yo también lo pienso —acordé.

—Es un hijo de la gran puta. ¿Con qué cara viene a pedirte que atiendas al hijo después de que te hizo la vida de cuadritos durante cinco años?

—Yo pensé lo mismo —admití y oí la voz insegura que Carlitos ya habría percibido.

—¿Qué vas a hacer? Podrías pasárselo a la licenciada Kultren o a la Parisi. Son buenas.

—Pero no tienen la infraestructura ni las técnicas de punta que tenemos en la fundación —aduje—. Y me parte el alma que el hijo tenga que pagar por los pecados del padre.

—Derivalo con alguna de las licenciadas de tu equipo.

—Es una buena idea —mascullé, sin ánimo.

—Si es una buena idea ¿por qué te imagino con cara triste? —Guárdé silencio—. ¿Me parece a mí o tenés ganas de ver a ese pedazo de mierda?

—A vos no voy a mentirte. Sí, me gustaría verlo. Me gustaría que me viese ahora que no puede atormentarme ni tomarme de punto. Me gustaría refregarle mi posición de poder. Pero no me parece profesional ni digno. No tengo idea de cuál es el problema de su hijo, pero sea cual sea, nuestra mala onda va a repercutir negativamente en él. De todos modos —rematé—, dudo de que el gran empresario Lanz Reuter acompañe al hijo a la consulta. De seguro tendré el placer de conocer a la esposa.

—Ah, sí, el *gran* placer. Insisto: lo mejor sería que derivases el caso a una de tu equipo. Son todas más que capaces. Las has formado vos, Cosi. El nene va a recibir todo nuestro apoyo y se beneficiará con nuestro conocimiento y tecnología, y vos no tendrás que someterte a nada que te haga daño.

—Puedo ir monitoreando el caso como hago con decenas de otros nenes —añadí, y aunque simulaba convencimiento, no lo sentía.

—Exacto.

—OK —murmuré.

—Cosi, tengo que dejarte. Nos vemos más tarde en la fundación.

—Está bien. Nos vemos. Gracias, Carlitos. Te quiero.

—Y yo a vos.

Apreté el botón del intercomunicador y convoqué a Marita. Le indiqué que llamase a la persona que había pedido el turno para el niño Lanz Reuter y que le informara que lo atendería la licenciada Mirta Petrillo.

—Mirta podrá verlo recién el miércoles que viene —aclaró mi asistente.

—Perfecto. Le cambiás el turno para el miércoles que viene.

—Si me pregunta por qué no podés atenderlo vos, ¿qué le digo?

—Que tengo la agenda completa y que no estoy tomando nuevos pacientes.

—Pensará que soy una idiota —declaró Marita, que era la eficiencia hecha persona.

—No pensará eso, quedate tranquila. Lanz *Reuter* —dije y pronuncié con cadencia sarcástica el segundo apellido— sabrá comprender que tengo la agenda completa.

## Ignacio

Abrí el mensaje de Romina, mi secretaria, pese a encontrarme en una reunión importante con un alto funcionario del Ministerio de Desarrollo Urbano del Gobierno de la Ciudad, y lo abrí porque se refería a la cita de esa tarde. *La asistente de la Lic. Facchinetti cambió el turno para el miércoles que viene. No los atenderá ella, sino una Lic. de su equipo.*

«¡Mierda!», bramé para mis adentros. A decir verdad, me lo esperaba. La tía Cósima se cobraba venganza. No podía reprochárselo, había sido un reverendo hijo de puta con ella durante cinco años. Estaba arrepentido; desde hacía décadas estaba arrepentido, desde el día en que me cayó la ficha de la salvajada que cometí al besarla a la fuerza en la fiesta de egresados. Incluso yo, arrebatado y egocéntrico, sabía que había cruzado una línea, y me asustó admitir que, si el chabón que estaba con ella no me hubiese frenado, quizá habría terminado violándola. Besarla me había puesto al palo.

No hay nada que pueda alegar en mi favor, solo que tenía un pedo que no veía y que esa noche ella estaba distinta, con el pelo larguísimo y lacio y muy atractiva en ese vestido que le marcaba las tetas y la cintura. Reconozco que verla aparecer en la fiesta cuando imaginé que no se atrevería a ir me dejó helado. Verla de la mano con un pibe bastante pintón metamorfoseó la gran sorpresa en una gran bronca. Y en celos. La tía Cósima era mía, no en el sentido en que lo eran las minitas con las que curtía. Ella era mía de un modo que no habría sabido explicar. Yo era su dueño, punto. Y hacía lo que quería con mi mascota.

Esa noche, la de la fiesta de egresados, me bajé varias botellitas de whiskey para envalentonarme. Quería romperle la cara al chabón que la tocaba y la miraba con ojos de boludo. ¿Por qué la miraba como si fuese Raquel Mancini si era gorda, petisa y bizca? Ciertamente, era dulce, buena, cariñosa y, sobre todo, inteligente. Pero era fea como un carancho. Le concedía que había mejorado al depilarse el bigote y las cejas y al arreglarse la maraña de rulos; los dientes chuecos y el ojo que apuntaba al cielo seguían allí. Su palidez cadavérica fosforescía en contraste con las cejas negras, y yo le conocía dos venas muy azules, una que se transparentaba en la sien y otra que bajaba desde la comisura de la boca y se le perdía en el escote. Me encantaba mirarle esas venas, vaya a saber por qué.

Vanessa estaba más pesada que de costumbre y no sabía cómo sacármela de encima para abordar a la tía Cósima. Aproveché cuando se fue al baño. Salí al jardín, donde se habían escabullido los dos tortolitos. La encontré sola y me lancé a mi rutina de hostigamiento. Y la cosa acabó mal, no por la felpeada que me dieron en casa y en el colegio, sino por la mirada aterrada que me devolvió la tía Cósima después de morderme. Me hizo ver las estrellas y tenía ganas de ahogarla, lo admito. Sin embargo, al volverme y descubrir el pánico que yo le inspiraba se me congeló el corazón. Ella había estado loquita por mí en el verano del 82 y me había contemplado con una sonrisa beatífica y ojos deslumbrados. Años más tarde me deseaba la muerte. Nunca olvidaré sus palabras en ocasión del velorio de mi hermana Nora: *«Habría sido mejor que te murieses vos y no tu hermana, que era tan buena»*, y no las olvidaré porque eran las que yo estaba pensando en el instante en que ella entró en mi dormitorio.

Después del ataque en la fiesta de egresados, hecho que revolucionó a las autoridades del colegio, en especial a la directora Carmen Sidarti, madrina de la tía Cósima, zafé de un castigo que merecía. La condición que me impusieron para evitar las amonestaciones que me habrían dejado libre fue que hiciese terapia. «¿Por qué la tratás tan mal si en el verano del 82 eran amigos?», me preguntó la psicóloga en la primera sesión. «Porque es fea», contesté.

Al año siguiente comencé a estudiar Ingeniería Civil y casi no pensaba en la tía Cósima. Casi. Hasta que siete años más tarde la vi emerger de la boca del subte. No sé por qué la reconocí si en realidad era otra persona, una mujer hecha y derecha, a la que en un principio presté atención desde mi BMW porque me pareció atractiva. Estaba más alta, más estilizada, el pelo largo y prolijo, sin lentes ni el odioso parche, y por cierto sin el ojo que apuntaba al cielo; debía de haberse operado. Ella no me vio ni supo el golpe que significó encontrarla tan bien. Nunca sería una beldad, pero algo la rondaba que obligaba a los demás a darse vuelta a su paso.

Regresaron las imágenes del verano del 82, en el que ella lo había sido todo para mí, cuando me salvó de caer en un pozo de tristeza interminable la noche en que mis viejos nos anunciaron que se divorciarían. Y también me acordé de los cinco años de secundario en los que le

hice la vida imposible. Y el arrepentimiento se me transformó en una pelota que me obstruyó la garganta. El coche de atrás me bombardeó a bocinazos porque el semáforo estaba en verde y yo seguía como un boludo mirando a la tía Cósima que se alejaba. No arranqué hasta que la vi desaparecer dentro de un negocio. Esa noche tuve sexo con mi primera esposa y, mientras la penetraba, cerraba los ojos y la imaginaba a ella, a la tía Cósima.

Unos años más tarde, con la excusa de que se cumplían diez de egresados, organicé una fiesta en la quinta para volver a verla. Yo ya tenía dos hijas, Justa, de tres años, y Ema, de uno, y mi obsesión por la tía Cósima volvía para golpearme como de costumbre, sorpresivamente. La había avistado en Ezeiza unas semanas antes mientras ella hacía el *check-in* en el mostrador de la clase turista y yo en el de primera. Estábamos por abordar el mismo vuelo a Nueva York. Habría podido acercarme para ofrecerle un tratamiento vip que le habría evitado colas y esperas. Desde hacía un par de años una de las empresas de nuestro grupo se ocupaba de la explotación de varios de los aeropuertos más importantes del país, y yo era el rey de ese lugar. No lo hice. Me conformé con seguirla y me dediqué a observarla. Aún llevaba el pelo largo con rulos, que ya no me parecían enmarañados, sino que caían prolijos sobre su espalda. Iba vestida con unos jeans que se le ajustaban al trasero, que nunca sería pequeño, y que le marcaban la cintura, el punto fuerte de su silueta junto con las tetas. Llevaba una chaqueta corta de cuero color suela que le daba un aspecto canchero. La deseé con la intensidad que deseo todo en la vida. Ya en el avión, me aventuré en la clase turista y le pasé al lado; ella no alzó la mirada. Lucía absorta en la lectura de un libro. Estuve a punto de saludarla, pero le temí al rechazo y al papelón. Volví una hora más tarde y la vi jugando con una nena al piedra, papel o tijera y me acordé de la tarde de aquel verano del 82 en el que le había enseñado ese juego y cuánto le había gustado. La perdí de vista en el aeropuerto JFK, de lo contrario la habría seguido hasta su hotel.

Esa nueva visión más intimista de la tía Cósima me impulsó a planificar la fiesta que, de otro modo, no habría organizado ni loco, con todo el laburo y las actividades deportivas y sociales que tenía. Conseguí su teléfono haciendo malabares y le pedí a Alberto Maggi que la

llamase. De mis amigotes del colegio él era el mejor y siempre me reprochaba cuando molestábamos a Cósima y a su apéndice Cuasimodo.

La tía Cósima lo trató muy bien, pero, como era de esperar, declinó con una excusa. Ávido de información interrogué a Alberto. ¿Cósima le había preguntado por mí? No. ¿Ni siquiera indirectamente? No. ¿Qué le había contado? Que vivía en Palermo, que era psicóloga de niños, lo cual me hizo sonreír por lo previsible, y que estaba casada, lo cual me quitó la sonrisa de un plumazo; para peor, esperaba a su primer hijo.

Meses más tarde me atraganté con el café al leer en el Clarín: «*Muerte trágica en la ruta 2*» seguido por un copete donde mencionaba a una tal Cósima F. de Cárdenas. Tenía que ser ella. Recuerdo que el rostro se me puso frío. La sangre me pulsaba en los oídos en tanto avanzaba a los tropezones por los párrafos del artículo que describía un accidente causado por un conductor ebrio que había salido ileso. En el otro vehículo, en cambio, se contaba una víctima, el conductor, Horacio Cárdenas, fallecido en forma instantánea. Su esposa, embarazada de seis meses, había parido a un varón en la ciudad de Mar del Plata, que había muerto también. Desesperado, llamé a Alberto y le rogué que se comunicase con ella para confirmar la trágica noticia. Cuasimodo atendió el teléfono y le ratificó que se trataba de mi querida tía Cósima, a quien el destino, de un zarpazo, le había arrebatado al marido y al hijo.

La reunión de los egresados del 86 se convirtió en un clásico que se repetía cada tanto en mi quinta y que yo seguía organizando en la esperanza de que la tía Cósima me honrase con su presencia. Alberto, el fiel y bueno de Alberto, seguía llamándola, también a Cuasimodo. Los dos declinaban con amabilidad. De tanto que los llamó terminaron haciendo buenas migas y en una oportunidad Cósima lo invitó a cenar. Estaban Cuasimodo y su mujer, una tal Natalia.

Al día siguiente lo pasé a buscar por la oficina y lo llevé a almorzar a un restaurante carísimo de la Recoleta con el fin de que me contara acerca de ella. Lo que más me importaba era saber si habían hablado de mí. Cuasimodo me recordaba con *gran afecto*, bromeó Alberto Maggi, y su mujer Natalia rememoró la pelea en la fiesta de egresados. Me consoló que, durante ese viaje por el nefasto pasado, la tía Cósima no hubiese abierto la boca y que en cambio hubiese aprovechado para levantar los platos y traer el café. Persistí en el interrogatorio. ¿Me

había mencionado? ¿Hablabla del marido muerto? ¿Estaba avejentada, gorda, fea? No, no y no. Estaba bien, más delgada, pálida y un poco ojerosa, pero había hallado en su profesión el refugio para descansar de su profunda pena.

En un punto de la conversación Alberto hizo una pausa y me miró a los ojos.

—Nacho, vos sabés que no me meto donde no me llaman, pero ¿qué mierda te pasa con la tía Cósima? ¿A qué se debe este interés por invitarla a las fiestas de la división y por saber de ella?

Le metí un verso grande como una casa que yo mismo me tragué. Que me remordía la conciencia, que me sentía culpable, que me había comportado como un hijo de puta, que me habría gustado pedirle disculpas, que me daba lástima que fuese tan joven y viuda y bla, bla, bla.

Como no quería seguir usando el canal de Alberto llegué al extremo de contratar a un investigador privado, un exagente de la SIDE, para que me mantuviese informado sobre ella. Le exigí que averiguase desde las cuestiones más banales hasta las más importantes. Me costaba un ojo de la cara, pero el dinero no era un problema; nunca lo ha sido. No era feliz, pero sí muy rico. Por aquella época estaba divorciándome de mi primera mujer, tomaba mucho e incluso me drogaba con un grupo de políticos con los que hacía negocios. Me dedicaba mayormente a cometer excesos y a espiar a Cósima. Jamás reuní el valor para llamarla o aproximarme a ella.

Mi padre, presidente y único propietario de la constructora fundada por mi abuelo apenas llegado de Alemania y que tanto bienestar económico nos prodigaba, comenzó a quejarse de mi bajo rendimiento y de mi mal desempeño; no confiaba en mí. Me puso entre la espada y la pared: me sometía a un tratamiento de desintoxicación y hacía terapia o podía ir despidiéndome de mi puesto en la empresa. Mi viejo me tenía agarrado de los huevos porque yo amaba mi laburo.

Empecé el programa de desintoxicación en una clínica lujosa en Acassuso y comencé terapia. Y hasta el día de hoy sigo con el mismo terapeuta, José Vianes, que me conoce del derecho y del revés. Él me ayudó a encaminar mi vida y a dejar de lado la obsesión por la tía Cósima, que en su opinión representaba para mí lo bueno y lo puro, virtudes que, por un lado, ansiaba porque me brindaban paz y

que, por el otro, detestaba porque refrenaban mi espíritu salvaje y me embargaban de culpa. Por esa razón se trataba de una obsesión furtiva, secreta, pecaminosa.

Volví a casarme. Vivian era doce años más joven que yo. «Despampanante» es la palabra justa para describirla. Mi madre, una mujer que fijaba el valor de los demás de acuerdo con la belleza física, la encontró sin tacha. Y esto debió preocuparme, solo que yo andaba como un perro alzado y no escuché ninguna señal de alarma.

La gran desilusión llegó cuando tuvimos a nuestra primera hija, Montserrat. Otra vez una hembra, e iban tres. Anhelaba al hijo varón como he deseado pocas cosas. Quería enseñarle a jugar al rugby y prepararlo para que se hiciera cargo de la constructora. Pese a que el instinto materno de Vivian era el de un cactus, la convencí de que dejara de tomar las pastillas anticonceptivas y volviese a quedar embarazada. Ella no quería; aducía que acababa de operarse las lolas después de que se le hubiesen arruinado por amamantar a nuestra hija. A mí no me importaban sus razones y la presioné hasta conseguirlo. Y conseguí también al hijo varón al que bautizamos con mi nombre, Ignacio Julio Lanz Reuter. Él se convertiría en mi orgullo, en mi sucesor. Solo que Nachito se demostró un fiasco casi desde el principio.

A tres años de su nacimiento y habiéndome negado a ver la realidad, comencé a aceptar que algo no cuadraba en él. Prácticamente no hablaba; solo repetía sonidos o palabras cortas que escuchaba en la tele; parecía un disco rayado. Les tenía pánico a ciertas cosas, como a las escaleras mecánicas y a las puertas automáticas. Hacía berrinches en la calle sin ningún motivo y eran un bochorno absoluto. No jugaba con su hermana Montse ni con otros nenes. Si le lanzaba la guinda de rugby, miraba el suelo y la dejaba pasar. A veces sacudía las manos como si fuese una gallina que acababa de poner y revoleaba los ojos como si estuviese drogado. Dormía poco y mal y se hacía encima. Estos patrones se habían acentuado desde que las discusiones con Vivian eran la norma.

La maestra de la salita de tres de Nachito nos mandó llamar para referirnos su preocupación y sospecha. Habría desechado la opinión de esa maestrucha jardinera si mi terapeuta, una de las pocas personas a las que respeto y admiro, no me hubiese sugerido lo mismo tiempo antes: Nachito podía padecer autismo.

Cambiamos de pediatra. La nueva nos mandó hacer un sinfín de pruebas, desde cognitivas y del lenguaje, hasta neurológicas y fisiológicas. Me lo pasaba de consultorio en consultorio. A veces Vivian me acompañaba, pero mayormente iba con Sara, la *babysitter*, porque mi mujer aseguraba que la deprimían la ansiedad y las largas esperas.

No es fácil diagnosticar el autismo; primero se descartan otras condiciones como sordera, problemas de la visión, incluso esquizofrenia. La carpeta en la cual iba juntando los resultados de los estudios era cada vez más gorda. Hasta que llegó el día en que el equipo multidisciplinario que había evaluado a mi hijo durante meses acordó que Nachito padecía autismo de alto funcionamiento. Aunque me lo esperaba, recibí el veredicto como una sentencia a muerte.

Ese mismo día, agobiado por la preocupación y la angustia, solicité una sesión extraordinaria con mi terapeuta. José me sugirió consultar a una experta, más bien una eminencia a nivel internacional en la materia, con libros publicados y todo: Cósima Facchinetti. Superado el estupor, le revelé que la licenciada Cósima Facchinetti era la famosa tía Cósima de quien tanto le había hablado. Mi terapeuta se quedó mudo y me miró fijo; no era ni es frecuente tomarlo por sorpresa. Se levantó de la butaca, consultó un directorio y anotó el nombre y el teléfono de la Fundación Indiana, la cual, me dijo, estaba presidida por mi querida tía Cósima.

La cuestión tomó un cariz extraño cuando días más tarde llevamos a Nachito a la pediatra que encabezaba el equipo que lo había evaluado y, ante mis consultas y recelos, nos aconsejó que pidiésemos un turno con la mejor especialista en cuestiones de autismo y otros trastornos del espectro autista, la licenciada Cósima Facchinetti. El corazón me saltó por segunda vez como solo ese nombre me lo hace saltar. Según la pediatra, los pacientes de la licenciada Facchinetti alcanzaban niveles de desarrollo extraordinarios. Resultaba claro que Cósima era una estrella de inestimable brillo en el firmamento de los médicos y de los psicólogos y que el destino se empecinaba en que volviésemos a vernos.

Y ahora Romina me escribía para decirme que la tía Cósima me derivaba con una de su equipo. ¡Y una mierda! Mi hijo tendría a la mejor profesional a su disposición y, si era necesario, el arrogante ingeniero Lanz Reuter se arrastraría y pediría perdón para conseguirlo.

Aunque me urgía irme, no podía cortar a Oscar Militello, el hombre de confianza del ministro de Desarrollo Urbano de Buenos Aires. Sacudía las piernas bajo la mesa mientras el político me explicaba qué tajada de la torta le correspondería como consecuencia de la licitación que me ayudaría a ganar. Acabé aceptando el porcentaje que me exigía sin regatear, lo cual lo sorprendió —era famoso como negociador implacable—, lo mismo a mi asistente y mano derecha, Arturo Cimmi, y los dejé solos para ultimar los detalles. Corrí a la empresa para solucionar la debacle que significaba la deserción de la tía Cósima. Me costaba concebir que el destino le sirviese mi cabeza en un plato y que Cósima desdeñara la ocasión para vengarse. Ansiaba estar frente a ella, anhelaba que nos dijésemos lo que no nos habíamos dicho cuando éramos pendejos.

Entré en la imponente torre de propiedad de mi empresa y tomé el ascensor privado. Romina se puso de pie al verme llegar. Con un ademán de cabeza le indiqué que me siguiese al despacho, una oficina de noventa metros cuadrados en el piso treinta y seis y con vista al río; en los días despejados se divisaba Colonia. Me senté en la butaca y observé entrar a mi asistente con su iPad y mi taza con café *espresso*. Se trababa de una mujer de treinta y cuatro años, fea, tabla por delante, tabla por detrás e inteligentísima. En pocas personas confiaba como en Romina Salvi; ella conocía varios de mis secretos, no solo las minas a las que a veces me cogía en la habitación contigua a mi despacho, sino otros referidos a los negocios. Su fidelidad estaba garantizada con un sueldo que pocas ganaban en el ámbito de las asistentes ejecutivas, además de ocuparme de otros detalles, como la salud de sus achacosos padres. En ese momento disfrutaban de una quincena en las Termas de Río Hondo, en el hotel cinco estrellas que había inaugurado el año anterior, producto de la guita que me daba la soja.

Hablando un día acerca de Romina, José Vianes me hizo notar que para las cosas que juzgaba importantes elegía mujeres con cerebro. Para la cama, elegía a las de tetas y culo perfecto pero sin materia gris; esto último, según mi terapeuta, era un requisito *sine qua non*. Aseguraba también que mi modo de catalogar a las mujeres tenía su origen en la relación con mi madre, mujer de una belleza que ni siquiera los años marchitaban, pero fría como un témpano y con pajaritos en la cabeza,

a quien yo, que seguía sin resolver el infame complejo de Edipo, había deseado agradar con enfermiza tenacidad. «Había deseado» es un modo de decir; en realidad, aún deseaba agradar, y por esa razón mis dos esposas eran de una hermosura indiscutible. Por qué las elegía lindas pero superficiales se debía, siempre en opinión de José Vianes, a mi necesidad como macho alfa de posicionar a la hembra no como un par sino como alguien por debajo de mí, sometido a mi voluntad. En pocas palabras, era un machista de mierda.

Todavía hoy resuena lo que mi madre expresó a viva voz aquel atardecer del verano del 82, después de que Cósima se despidiese para regresar a la casa de su madrina. «¡Qué criatura más espantosa! Es un esperpento. Qué futuro poco promisorio», había dicho. Yo no tenía idea del significado de la palabra «esperpento»; solo sabía que, cuando mi madre la utilizaba, se estaba refiriendo a algo malo y repugnante. Me acuerdo de la desolación que le siguió al comentario, el cual ahora dimensiono con justicia y que en mi mente de niño se grabó como en la piedra y definió mi comportamiento con la criatura fea pero perfecta que era Cósima. Me pregunto si, al hablar frente a mis hijos, pongo la debida atención. No, definitivamente no, y tal vez cause en ellos impresiones indelebles. Recuerdo la bronca que sentía hacia Cósima por ser fea; la culpaba por no haber obtenido la aprobación de mi madre. ¡Qué seres complejos y tortuosos somos los seres humanos! Aunque a veces uno se topa con excepciones como la tía Cósima.

José no perdía la ocasión para machacar que, hasta no romper con el esquema de belleza física igual a aceptación materna, no alcanzaría la felicidad.

Felicidad, qué concepto sobreestimado. A mí me otorgaba felicidad ver mis cuentas bancarias, las de Argentina, de las Islas Caimán y de las Islas Vírgenes, crecer y crecer. Felicidad era ganar una licitación y cagar a la competencia, en especial a Fernando Riera, el dueño de Ypsilon Construcciones. Felicidad era cogerme una buena hembra. Felicidad era jugar un partido de rugby con mis viejos compañeros y entrenar a las inferiores los sábados. Felicidad era hacer fierros a los casi cincuenta, aunque terminase doblado de cansancio.

Un comentario de mi terapeuta me dio por las bolas porque evidenciaba que tan inteligente como me creía no era. Según él, las mujeres

más importantes de mi vida, mis esposas, las que se habrían ocupado de cuidar y nutrir a mi progenie, pertenecían al grupo de «teta-culo-no materia gris», por lo tanto me veía obligado a «tercerizar» la maternidad contratando regias *babysitters* que me costaban lo mismo que el rescate de un rey.

—Romina, ¿qué es esto de que la licenciada Facchinetti no nos va a atender hoy?

—Me llamó su asistente para decirme que los atenderá una de su equipo el miércoles que viene.

—¡Y un carajo! Llamás ahora mismo y le decís que quiero que sea la licenciada Facchinetti la que atienda a mi hijo.

—Lo hice, ingeniero, pero la chica se mostró inflexible.

Si Romina no lo había conseguido era porque en verdad se trataba de una empresa de imposible consecución. Cósima empezaba a romperme las pelotas.

—Llamala y mentile. Decile que me olvidé el celular en mi oficina y que estaré en una obra todo el día en las afueras de Buenos Aires y que no podés comunicarte conmigo para avisarme del cambio. Y que esta mañana te comenté que iría directamente al consultorio, sin pasar por aquí. Llamala a mi mujer y decile que digo yo que esté en lo de la licenciada Facchinetti con mi hijo y con Sara —me refería a la *babysitter*— a las cinco y media. No quiero impuntualidades. Otra cosa. Quiero que mandes a alguien a comprar todos los libros de la licenciada Facchinetti.

La Fundación Indiana —extraño nombre— era una vieja casona de estilo inglés ubicada en el centro de un predio bastante grande y bien mantenido en la parte baja de Belgrano C, a una cuadra de la avenida Leopoldo Lugones. Ingresamos por un portón de hierro forjado y el guardia nos obligó a detenernos. Hugo, mi chofer, le dijo mi apellido, el hombre consultó un listado y nos permitió avanzar por un camino de ripio flanqueado por una arboleda de tilos. El aroma dulzón de la flor del tilo ingresó por el sistema de ventilación de mi Range Rover y me causó una inesperada serenidad.

Hugo estacionó frente a la puerta de la casona. Leopoldo, mi guardaespaldas, y yo bajamos. La cuatro por cuatro siguió hacia la zona del estacionamiento. Alcé la vista y estudié la casona. «Has llegado lejos, tía

Cósima. La profecía de mi querida madre, que tenías un futuro poco promisorio a causa de tu fealdad, se demostró una gran mentira, como la mayoría de las cosas que salen de la boca de la mujer que me parió».

Resultaba increíble estar a pocos minutos del caos de la ciudad y sentir esa paz. Apenas puse pie en el umbral de la fundación me sobrecogió una sensación placentera y también eufórica; aunque no era euforia, más bien alegría; simple y llana alegría. No sabía a qué adjudicar esa mezcla desconcertante, si al aroma exquisito de una esencia que no habría sabido identificar, a la frescura del aire o al sonido lejano de la música clásica que parecía pasar, rozar y alejarse por la gran recepción de la casa. Había al menos una decena de niños, algunos en sillas de ruedas, completamente paralizados y con las bocas abiertas y las manos torcidas. Ninguno gritaba ni lloraba, ni siquiera hablaban en voz alta. La energía amansadora del lugar los había poseído como a mí, como a Leopoldo, que no desplegaba la actitud alerta y desconfiada de siempre. Me asombró contar cinco perros, dos labradores, dos *golden retriever* y un pastor alemán. Se mantenían tranquilos junto a ciertos niños y me llamaron la atención los chalecos amarillos que les cubrían los lomos y que rezaban «Perro de servicio».

La empleada ubicada tras un mostrador nos indicó subir al primer piso. Elegí hacerlo por la escalera de roble. La música y el aroma nos siguieron, lo mismo la sensación de paz, que poco a poco apaciguaba mi ansiedad nacida de la certeza de que en minutos me encontraría frente a la tía Cósima. ¿Me recibiría o dispondría a una de su equipo para que nos atendiese? La desilusión que me provocó este pensamiento era desmesurada. Comprendí que la obsesión por Cósima Facchinetti, la que había comenzado en el verano del 82 y que había combatido con la ayuda de José Vianes, aún vivía en mí, latente, dormida, pero ahí estaba, a punto de despertar.

Entré en la sala de espera y divisé a mi hijo y a Sara. Me asombró lo tranquilo que lucía Nachito. A Vivian no se la veía por ningún lado. Cuando le pregunté a la *babysitter*, me explicó que la señora le había indicado que tomase un remis hasta la fundación, que ella se nos uniría más tarde después de la clase con su *personal trainer*. Pensé en enviarle un mensaje para putearla, pero desistí porque de pronto preferí que no estuviese en mi primer encuentro con la tía Cósima.

Me senté con Nachito sobre las piernas, que no me miró ni se inmutó cuando lo besé en la mejilla. Le hablé, le hice preguntas y comentarios sin obtener respuesta, ni siquiera una mirada. De igual modo, estaba feliz: que me permitiese tocarlo y cargarlo era, más que inusual, un milagro.

Me dediqué a estudiar el entorno. De nuevo me sorprendieron la tranquilidad de los niños y la suavidad con la que todo parecía desarrollarse en ese ámbito. Contrastaba con mi lugar de trabajo, donde nos movíamos apurados, nerviosos, siempre con el tiempo en contra y las voces alzadas y coléricas. Allí, en cambio, las empleadas de uniforme lila y blanco se movían con sigilo, hablaban en susurros y sonreían cuando su mirada se topaba con la de los pacientes. Noté también que, pese a tratarse de una casa de estilo, la decoración refería a un ámbito infantil y que los colores eran pastel. No había estridencias ni imágenes agresivas.

Una mujer, que se presentó como Marita, la asistente de la licenciada Facchinetti, me indicó que la acompañara. Puse a Nachito en el suelo, lo tomé de la mano y la seguimos. Avanzaba emocionado por la idea de que en pocos segundos volvería a ver a Cósima. ¿Estaría tan nerviosa como yo?

Marita nos abrió la puerta y nos invitó a pasar. La divisé de pie junto a un escritorio, a unos metros de la puerta. El corazón me dio una patada en el pecho cuando nuestras miradas se cruzaron. La impresión era peor de lo imaginado. No recordaba haber sufrido semejante desbarajuste por nada. Lo primero que noté y que me alarmó es que el interior de la boca se me había secado y que lo tenía pastoso y con un sabor amargo.

Cósima ya no me miraba. Caminaba, segura y serena, mientras le sonreía a mi hijo. Iba vestida de manera informal, con unos jeans celeste claro y una camisa de un rosa muy delicado; calzaba zapatillas blancas. No se la habría podido catalogar de gorda, pero de seguro no era flaca; tenía redondeces por todas las partes que siempre me habían atraído. Llevaba el cabello largo con bucles. No estaba maquillada, o tal vez muy poco, y me pareció más linda que nunca. Sus labios sobre todo me gustaron; siempre me habían gustado. En mi gran ofuscación noté después que la seguía un *golden retriever* y me asombró que Nachito no gritase como acostumbraba cuando veía un perro en las cercanías.

Cósima se acuclilló frente a mi hijo, que miraba al suelo, y le extendió la mano. Nachito no respondió al saludo. Ella le aferró la derecha y la sacudió ligeramente. Volví a asombrarme, esta vez de que se dejase tocar por un extraño sin hacer un quilombo.

—Hola. Me llamo Cósima, pero me dicen Cosi. Vos debés de ser Ignacio.

—Lo llamamos Nachito —le indiqué con voz rara.

Mi hijo continuó callado. Raramente hablaba. Hablar es un decir; solo pronunciaba sílabas sin sentido y pocas palabras.

—Nachito —repitió Cósima—. Te presento a mi perro Bernardo. Lo llamamos Bernie. Bernie —dijo, sin apartar la vista de mi hijo—, te presento a Nachito.

Bernie levantó el cuarto delantero derecho y yo me dije que el pobre animal se acalabraría antes de obtener una respuesta; mi hijo temía muchas cosas, pero nada como a los perros. Montse venía rogándonos por un *bulldog* francés desde hacía tiempo y no se lo comprábamos por esa razón.

Esta vez un sonido extraño brotó de mi garganta cuando fui testigo de lo imposible: Nachito agitó la pata del animal. Cósima alzó la vista y me miró con una mueca curiosa. Se incorporó y, cuando hice el ademán de saludarla con un beso, me ofreció la mano.

—¿Cómo estás, Ignacio? —preguntó formal, distante, mientras me miraba a los ojos y me daba un apretón fuerte.

—Bien. Gracias por recibirnos. Acabo de enterarme de que no podías...

Me calló con un ademán de mano.

—Está bien, no hay problema. Por favor, siéntense.

Nos indicó los sillones que formaban un pequeño living sobre una alfombra de Disney plagada de juguetes. Había una biblioteca con libros infantiles. Nachito eligió sentarse en la alfombra y comenzó a sobar el brazo del sillón; tenía obsesión por ciertas texturas suaves.

—¿Quieren tomar algo?

—Agua —dije, medio desesperado.

—¿Gasificada? —Asentí—. Y a vos, Nachito, ¿qué te gustaría tomar?

Lo miraba y le hablaba como si fuese un niño normal y eso me causaba una dicha tan enorme que resultaba casi intolerable porque no podía desfogarla.

—Nachito toma... —empecé a decir, y ella me mandó callar con una mano alzada.

—Tengo cosas muy ricas para ofrecerte, pero, por ejemplo, no tengo gaseosas porque hacen mucho mal. —Eso captó la atención de mi hijo, que la miró fugazmente antes de volver al juguete que había atrapado—. Sí tengo —dijo y se acuclilló frente a Nachito para listarle—: jugo de naranja recién exprimido, licuado de frutilla y licuado de durazno.

«La palabra mágica», pensé, porque mi hijo amaba el durazno, sobre todo al natural. Cósima captó el rápido vistazo que le destinó a la mención de la palabra.

—¿Te gustaría el licuado de durazno? —preguntó y con delicadeza lo obligó a levantar la vista apoyándole el índice bajo el mentón—. ¿Eh, Nachito? ¿Licuado de durazno?

Nachito, ante mis ojos incrédulos, asintió con la mirada fija en Cósima, quien asintió a su vez con naturalidad.

—Licuado de durazno, buena elección. Lo preparamos con leche de almendras. Es delicioso.

Alzó el teléfono y pidió dos botellitas de agua mineral, una con gas, otra sin gas, y un licuado de durazno. Marcó otro número y convocó a una tal Julieta. La chica se presentó enseguida.

—Nachito —dijo Cósima sentada en la alfombra junto a él—, aquí al lado hay una habitación llena de juguetes. Podés llevar ese, si querés. —Le señaló el que tenía en la mano—. Allí tomarás el licuado. Estarás un ratito con Juli y también con Bernie. Tu papá y yo hablaremos y después iré a verte.

Ayudó a mi hijo a ponerse de pie y los vi salir a los tres, a Nachito, a la tal Julieta y a Bernie, en una armonía que yo jamás habría asociado con mi pobre hijo. Cósima descorrió una cortina y se giró para mirarme.

—Esta es una cámara Gesell. Del otro lado este vidrio es un espejo. En un momento iré a interactuar con Nachito para evaluarlo mejor y vos podrás observarnos y escucharnos a través de los micro...

—Cósima —la interrumpí—, quiero agradecerte por habernos recibido pese...

—Este es mi trabajo, no tenés nada que agradecer.

—Sí, pero siempre quise...

Llamaron a la puerta. Era una empleada del servicio con las botellitas de agua. Las depositó sobre la mesa y se marchó. Yo me mandé un buen trago.

—Contame sobre tu hijo.

«Pues bien», me dije, «nada de charla informal, nada de evocaciones del pasado, nada de nada. Dos extraños que se conocen por un tema puntual y listo». Saqué mi carpeta gorda y extraje los últimos informes en los que se diagnosticaba el autismo de Nachito.

—Lo leeré después con calma —anunció, y la hizo a un lado—. Contame de tu hijo —me pidió de nuevo y, como me quedé mudo mirándola, se explicó—: Contame cómo es su día, cómo es la familia, con quién se lleva mejor, qué cosas le gustan, cuáles no. En fin, todo lo que puedas decirme acerca de él.

Empecé por contarle cómo estaba conformada la familia y también mencioné a las hijas de mi primer matrimonio. Le describí los patrones de comportamiento de mi hijo que me habían resultado extraños, algunos chocantes. Le conté también que, a causa de sus rarezas, la vida familiar a veces resultaba intolerable; no podíamos ir a comer afuera o al cine o a dar vueltas en un shopping por miedo a que Nachito cayera en una de sus frecuentes rabietas o se escapase. Si le soltábamos la mano, salía corriendo hacia cualquier parte y, si lo sentábamos a comer a una mesa, se levantaba sin remedio y se ponía a dar vueltas y a molestar.

Ella no me quitaba los ojos de encima y solo me interrumpió para preguntarme cómo dormía y si se orinaba de noche.

—Sí, se moja todas las noches. Y duerme mal, se despierta llorando y cuesta hacerlo volver a la cama. —Se limitó a asentir—. Cortarle las uñas y el pelo es una catástrofe. Parece que estuviésemos torturándolo. Lloro a gritos.

—Necesita una terapia sensorial —acotó ella, y yo ni me molesté en preguntarle de qué se trataba.

Seguí hablando. Hablaba y hablaba; estaba desahogándome, me liberaba de la angustia y de la impotencia como no lo había hecho con

ninguno de los profesionales que rondaban a mi hijo, ni siquiera con mi terapeuta. Era catártica esa mirada de Cósima, lo mismo su pose tranquila, la seguridad que comunicaba y los aromas y la música de su entorno. Todo era parte de su esencia mágica, la que encerraba en un cuerpo muy mejorado, con el ojo en su sitio y los dientes derechos, pero para nada perfecto, no al menos según mis pedorros cánones.

—Todos dicen que sos una eminencia en el tema, que nadie conoce de estos problemas como vos. Por eso quise que te encontraras con mi hijo, porque estoy desesperado y no soporto verlo de ese modo, como si no supiera que los demás existimos. De lo contrario, no habría osado molestarte. Sé que fui de lo peor con vos y que...

—¿Y la madre de Nachito? —me frenó en seco.

—Se retrasó un poco. Pero está por llegar. No hace falta que la esperemos.

Asintió sin mirarme. Se puso de pie. La imité.

—Por favor, sentate aquí junto al vidrio.

Abandonó el consultorio. Y fue como si se hubiese llevado algo fundamental.

Habría pasado días enteros sentado frente a esa ventana engañosa para observarla interactuar con mi hijo. Admiro a las personas que saben hacer su trabajo, que lo hacen con destreza y solvencia. Hay un maestro mayor de obras, un viejo bonachón que trabaja para mi empresa desde hace años y que es el mejor albañil que conozco. Me encanta observarlo en las obras. Hace parecer fácil lo difícil. Le tengo más respeto a su juicio que a las opiniones de los ingenieros y de los arquitectos. La misma impresión me causaba la tía Cósima mientras evaluaba a Nachito.

La vi quitarse las zapatillas y entrar en la zona del tatami donde mi hijo completamente abstraído jugaba con un camioncito. Se sentó como los indios frente a él y empezó a trabajar. No tenía idea de por qué hacía las cosas que hacía, pero resultaba obvio que cada movimiento, cada palabra, cada gesto, eran deliberados. Por ejemplo, lo obligó delicadamente a que la mirase; le sujetaba la cara y la movía hacia ella. «Mirame, Nachito. Mirá aquí», y se apuntaba entre los ojos. Lo ensalzaba cuando cumplía las consignas y lo premiaba con juguetes y con algo que parecía un caramelo —después supe que eran nueces bañadas

en chocolate amargo, todo orgánico—. Le pedía que la imitase, por ejemplo, cuando aplaudía, o se tocaba la nariz, o alzaba los brazos, y mi hijo no respondía. Simuló golpearse la mano contra el borde de la mesita y gritó de dolor y se sobó, y Nachito no alzó la vista del juguete que parecía obsesionarlo ni intentó consolarla. Se mostró muy cariñosa con él, lo abrazó, lo besó y lo colocó sobre sus rodillas para cantarle una canción mientras lo zamarreaba y lo agitaba de aquí para allá, lo que no causaba ninguna reacción en él. Cuando mi hijo cumplió una consigna especialmente difícil —entregarle un determinado juguete que él debió identificar entre tantos—, lo besó y, mientras exclamaba: «Qué genio, qué ídolo», lo tomó por las muñecas, se acostó de espaldas sobre el tatami y lo levantó en el aire colocándole los pies en el torso. Esto arrancó una risotada a Nachito y a mí lagrimones; acababa de caer en la cuenta de que nunca había escuchado la risa de mi hijo.

Cósima lo besó en la mejilla una vez más, salió del tatami y, mientras se calzaba, susurraba a Julieta, que se lo había pasado tomando notas y escribiendo lo que su jefa le dictaba. Salió de la habitación y yo me quedé mirando a mi hijo, quien, con ayuda de la asistente, sorbía el licuado; su manita descansaba en el lomo de Bernie, recostado junto a él. Una emoción intensa me endureció la garganta y me calentó los ojos. Recién en ese momento, y a través de un vidrio, descubría a mi hijo, lo veía por primera vez, no al que yo había anhelado, el jugador de rugby y el empresario exitoso con el cual pavonearme, sino a mi dulce y frágil Nachito. Qué padre de mierda era. Qué vergüenza sentí. Me aclaré la garganta y me pasé el dorso de las manos por los ojos al escuchar que la puerta se abría.

Cósima se sentó delante de mí y me miró. No comentó acerca de mis ojos enrojecidos. Me sirvió agua y, mientras yo sorbía, ella hacía anotaciones en una ficha. Escribía en cursiva con la misma caligrafía del secundario, redonda, grande y clara. Alzó la vista y forzó una sonrisa.

—Tenés un hijo estupendo.

—Pero autista.

—Autista, sí. De los tres grados o niveles del TEA, Nachito tiene el más leve, el de alto funcionamiento. Necesita comenzar un programa de aprendizaje inmediato. Cuanto antes empecemos, mejores serán los resultados. Si estás de acuerdo, podríamos comenzar en un par de

días con una evaluación para definir el mejor plan. Trabajaremos duro con él para que pueda llevar adelante una vida plena, no dudes de eso.

—Gracias —dije y la voz me falló.

Quizá para darme tiempo a que me repusiese, me habló acerca del autismo, una condición que impide a las personas comunicarse correctamente con el entorno. Son personas «literales», que no comprenden los dobles sentidos y a las que les cuesta identificar los giros y cambios en un discurso. Son en extremo sensibles y perciben el medio ambiente como una amenaza. Los ruidos, los olores y los colores brillantes los aterrorizan. Me explicó que era menester que la casa y la familia de un niño autista se adaptasen para acogerlo; debía hablarse en voz baja, la música tenía que ser suave; se desaconsejaban la radio, la televisión, la computadora y la PlayStation para evitar que cayese en la repetición de palabras y sonidos. El niño autista tiene su sistema espejo, el de las llamadas neuronas espejo, con escaso o nulo desarrollo, por lo cual le resulta difícil imitar a los demás o expresar empatía.

—¿Mi hijo no es empático? —me desanimé.

—No hace falta ser autista para no ser empático —contestó, y por primera vez percibí que se refería al pasado—. El autista es empático, lo que sucede es que, como le resulta difícil interpretar los gestos y los mensajes de los otros, entonces le cuesta mostrar empatía en situaciones que no comprende. Al enseñarles a *leer* a los demás pueden superar esta y otras carencias. Le enseñaremos a comprender lo que siente el otro para que pueda experimentar compasión.

—Tal vez yo también debería tomar unas lecciones —bromeé, pero Cósima hizo de cuenta que yo no había pronunciado palabra, y siguió adelante con la disertación.

—En definitiva, al autista le falta el desarrollo neurológico que le permite ser social.

—¿Qué pudo haber causado el autismo de mi hijo?

—No se conocen las causas que lo provocan. Por ahora nos movemos en el plano de las hipótesis y las conjeturas, pero se están haciendo progresos increíbles. La edad avanzada de los padres, ciertas bacterias... Son varias las cosas que podrían causarlo. Hace dos años una científica descubrió la posibilidad de que un mal funcionamiento de la flora intestinal de la madre en el momento de la gestación sea el causante

del autismo, ya que permitiría el paso de bacterias perniciosas que una flora sana desecharía. Estas bacterias perniciosas afectarían el desarrollo cerebral del feto. Esta posibilidad está en fase de estudio, pero creo que encontraremos muchas respuestas por ese lado. Mi fundación y yo estamos en permanente contacto con esta científica, la doctora Dorothy Wright, de la Universidad de Edimburgo, por lo que apenas se sepa algo nuevo nos informará. Aquí, en Argentina, se está investigando la relación que podría haber entre el autismo y el uso de ciertos herbicidas.

—Cuando Nachito nació —la interrumpí— mi mujer tuvo un parto espantoso, que le causó una depresión muy fuerte. Lo rechazaba, no quería verlo ni tocarlo. Me pregunto si eso fue lo que causó este trastorno a mi hijo.

—Por supuesto que algo así afecta la psique de cualquier niño, pero no creo que sea el causante del autismo. Lo más probable es que Nachito haya nacido con el problema.

Llamaron a la puerta antes de que Vivian, recién bañada y con el pelo aún mojado, entrase en el consultorio. La vi, con la sonrisa falsa y el cuerpo escultural enfundado en una calza blanca y brillante, y supe con la certeza con la que sé mi nombre que me estaba cagando con el *personal trainer*. Consulté mi reloj en el ademán de indicarle que había llegado una hora tarde y se rio.

—Sí, sí, ya sé, Nacho, es tardísimo. Pero el tráfico era de terror. Hola, ¿qué tal? —saludó a Cósima y, tras besarla de prepo, se sentó en el sillón junto al mío sin que nadie la invitase.

Su perfume, intenso y dulzón, invadió el entorno con la agresividad de un olor desagradable. Sacudió la mano cargada de anillos y pulseras de oro para quitarse el flequillo de la cara y produjo un tintineo molesto.

—Soy Vivian, la mamá de Nachito. ¡Ah, ahí está! —exclamó, y su voz sonó como un pedo en misa, justo en ese sitio que semejaba un templo budista.

¿No se daba cuenta la pelotuda? Sentí vergüenza ajena de mi mujer. Por primera vez desde que la conocía me avergoncé de su superficialidad y de su actitud frívola, de sus labios ligeramente hinchados a causa del colágeno y de su expresión medio congelada debido al bótox. Me dieron por las bolas su descuido y su falta de tacto en un ambiente recoleto y delicado. La hubiese echado a patadas en el culo. Me incomodaba

su cercanía con Cósima y me daba la impresión de que una prostituta de los bajos fondos estaba a punto de mancillar a una reina.

—Es una cámara Gesell —explicó Cósima en su voz baja—. Podemos verlo interactuar con la especialista, pero él no nos ve. De este modo no lo condicionamos. —Volvió la mirada hacia mí—. Los autistas suelen tener capacidades extraordinarias con las matemáticas, la música, la memoria y el arte. Nuestro trabajo en la fundación es ayudarlos a descubrir su talento, para que lo exploten y sean felices.

—Vi perros por todos lados —comentó mi mujer—. ¿Qué son?

—Son perros de servicio. Nuestra fundación se apoya mucho en estos animales excepcionales para ayudar a los autistas a desarrollar una vida normal, al tiempo que es un gran desahogo para los padres, que a veces sienten que no pueden hacer nada a causa de la condición de su hijo.

—¡Tal cual! —siguió vociferando Teta-culo-no materia gris—. Hace años que no podemos ir a comer afuera o a dar vueltas por un shopping porque Nachito siempre termina haciéndonos un berrinche. ¿No, Nacho?

La fulminé con la mirada y ella me devolvió un gesto que decía: «¿Qué te pasa?».

—Nuestra fundación también se sirve de los caballos —prosiguió Cósima—. Tenemos animales especialmente entrenados para trabajar con autistas. Aprenden equitación y esto les refuerza la seguridad y la autoestima.

—¿Nachito podrá leer y escribir? —quise saber.

—Es temprano para decirlo. Ciertamente lo ayudaremos para que intente desarrollar esa capacidad comunicacional. Lo primero ahora es enseñarle a hablar y a socializar.

—¿Y qué hay de los berrinches? —insistió Teta-culo-no materia gris.

—Es todo parte de un tratamiento integral. No bien Nachito gane serenidad, irán desapareciendo los berrinches. Poco a poco se apreciarán los cambios. Es fundamental la colaboración de la familia. Por ejemplo, cuando la terapeuta trabaje con él en su casa...

—¿No se hace todo aquí? —preguntó Vivian.

—Los niños autistas trabajan con razonamientos compartimentados. Por ejemplo, algo que Nachito aprenda en este ambiente, en el

de la fundación, no sabrá cómo repetirlo en casa o en la escuela. Por eso es importante contar con asistencia profesional en cada uno de los ambientes en los que él se mueve, pero también es fundamental que todos los actores que están cerca del niño, y me refiero a los padres, los hermanos, los abuelos, tíos, amigos de la familia, etcétera, participen en los programas de intervención que desarrollaremos para Nachito.

—Se hará como vos digas, Cósima.

Ante mi trato confianzudo Vivian se volvió rápidamente y me miró. Yo no me digné siquiera a girar la cara. Observaba a la tía Cósima, a la que encontraba fascinante en esa actitud profesional y de comando.

—Iremos avanzando sobre los cambios que se deben hacer en la casa y en la dieta.

—¿En la dieta? —la interrumpió Vivian.

—Le pediré a la pediatra de Nachito un análisis de su microbiota, es decir, de su flora intestinal —aclaró Cósima—. Sospecho que no está equilibrada ni es sana. Y en esto juega un rol fundamental la dieta. Hay que evitar el gluten y la caseína, pero sí mantener el consumo de carne...

—Yo soy vegetariana —volvió a interrumpirla mi mujer, y yo apreté los puños para evitar gritarle que cerrase la boca—. En casa el consumo de carne es muy bajo.

—El ser humano es omnívoro, no vegetariano —apuntó Cósima—. Nuestro aparato digestivo es incapaz de asimilar la celulosa vegetal.

—Pero la carne y las grasas animales nos avejentan. Yo tengo esta piel porque soy vegetariana desde hace años.

—Vivian, vamos a hacer lo que la licenciada Facchinetti nos diga. Si Nachito tiene que comer carne, la comerá.

—Pero...

—Pueden consultar a otros profesionales —intervino Cósima.

—No, Cósima. Estamos en el mejor lugar para nuestro hijo y nos ceñiremos a tus consejos.

—A mí me parece bien consultar a otros profesionales —expresó Vivian, y para no insultarla frente a la tía Cósima, me puse de pie. Las mujeres me imitaron.

—Vos no viste lo que yo vi, Vivian, porque llegaste una hora tarde, pero Nachito se animó a tocar al perro, ese al que ahora acaricia en el

lomo —señalé la cámara Gesell y Vivian tuvo el buen tino de mostrarse sorprendida—, y lo vi reírse a carcajadas mientras jugaba con la licenciada Facchinetti. ¿Alguna vez oíste la risa de Nachito? Decime, ¿alguna vez la oíste?

—No.

—Pues yo sí, hoy por primera vez y gracias a la licenciada Facchinetti. En pocos minutos he visto hacer a mi hijo cosas que no lo vi hacer en cuatro años. Así que no vamos a consultar a ningún profesional y vamos a trabajar con la Fundación Indiana. No se hable más. Cósima —me dirigí a ella y la descubrí observándome con un gesto que no ocultaba cierta nota de desprecio—, te pido disculpas por este pequeño altercado.

—Lo comprendo. Una situación como esta suele propiciar el intercambio de opiniones en las familias.

Asentí, serio, y sofrené las ganas de preguntarle qué había querido significar con eso de que «cuando la terapeuta trabaje con él en su casa». ¿No iría ella misma a casa? ¿Enviaría a otra? ¿Nos había recibido hoy por mera cortesía, pero nos derivaría a una de las profesionales de su equipo después de todo? Y me refrené de preguntar porque cabía la posibilidad de que las respuestas trajesen aparejados comentarios y recuerdos que no quería que Vivian oyese.

Regresaron Julieta, Bernie y Nachito. Cósima nos despidió ofreciéndonos la mano y yo le extendí mi tarjeta. La recibió y se acuclilló para besar a mi hijo, que permaneció inerte. Salimos del consultorio. Me di vuelta justo en el momento en que se cerraba la puerta tras ella y una sensación desagradable me acentuó el mal humor. El perfume de Vivian me molestaba, lo mismo que su presencia.

Dos hombres aparecieron por la escalera, uno más alto que el otro. El bajo llevaba a un labrador *retriever* por la correa. Se detuvieron al divisarme y los reconocí de inmediato: el taxi *boy* y Carlitos Naum. No resultaba sorprendente que me acordase del taxi *boy*, ya que el investigador privado lo había fotografiado en varias ocasiones junto a Cósima. Ellos también me habían reconocido. Pasearon la mirada por Nachito y por Vivian. Di un paso hacia delante con mi hijo de la mano izquierda y extendí la otra a Naum.

—¿Qué tal, Carlos?

Lo vi echar un vistazo a Nachito antes de aceptar la mano ofrecida y creo que me la apretó por él, por mi hijo. Se limitó a farfullar «Lanz». Iba a felicitarlo por el gran trabajo que hacían en la fundación cuando se excusó diciendo que estaban apurados.

—Vamos, Lucho —dijo al taxi *boy*, y entraron en el consultorio de Cósima sin llamar, lo cual me dio bronca, bah, bronca no, celos. Celos de que accedieran a ella con tanta facilidad.

—¿Quiénes son? —se interesó Vivian—. ¿De dónde los conocés?

—Después te cuento —mentí; no tenía intenciones de explicarle.

Apenas llegamos a casa, cada uno en su auto, me encerré en mi escritorio e hice una llamada a Ricardo Petris, el investigador privado que años atrás había contratado para que siguiese a la tía Cósima y que cada tanto me hacía trabajos de espionaje. Le pedí que siguiese a mi mujer y le di pelos y señales de ella y de sus actividades, en especial las que tenía con el *personal trainer*.

Sara estaba por desvestir a Nachito para bañarlo. La desorienté al decirle que yo me encargaría y le indiqué que le pidiera a Elba, la cocinera, que preparase bifés con puré de zapallo para la cena.

Me senté en el borde de la cama de mi hijo y lo contemplé mientras él jugaba con un autito. Intenté quitárselo para mostrarle cómo funcionaba y se irritó. Le acuné la cara, como había visto hacer a Cósima, y le pedí que me mirase. Sus ojitos azules jamás se fijaron en los míos. Decidí hablarle como si me prestase atención. Le conté de cuando yo era chico e iba al club a jugar al rugby. Le dije que me encantaba ver *El Chavo del 8* y *He-Man*, y que para una Navidad había pedido su espada. Le hablé de Nora y me di cuenta de que jamás se la había mencionado; a Montse tampoco. Decidí poner su foto en la repisa del hogar en el living y recordarla porque había sido un ser dulce y sensible. Comencé a ponerme ansioso; una necesidad visceral por rodearme de gente buena y sincera me carcomió las entrañas, y lo deseé con la desmesura con la que también había deseado la cocaína en el pasado y el sexo con mujeres hermosas.

Vivian irrumpió en el dormitorio y nos sobresaltó.

—¿Qué es eso de que vamos a comer bife con puré? ¿Qué te pasa? ¿Se te desajustó un tornillo?

—Bajá la voz. Cósima dice que debemos hablar en voz baja para no alterar a Nachito.

—¡Cósima! Ya la llamás Cósima. Apenas la conocés y ya le das ese trato confianzudo. ¿También te la querés coger a la gorda?

Abandoné la cama y me dirigí hacia ella con la actitud de un depredador. Vivian caminó hacia atrás.

—No hables de ese modo frente a Nachito —susurré con los dientes apretados.

—No entiende nada.

—Eso no lo sabés. No hables como si él no estuviera.

—¿Qué te pasa? Siempre hablás como si él no estuviera.

—Eso cambia desde este instante. ¿He sido claro? Al igual que varias cosas más que discutiremos en privado.

—Guau —se burló—. Veo que la señorita *Górdima* te afectó mucho.

El apodo cruel me dejó helado y me recordó que yo la había bautizado con uno años atrás. Éramos iguales, mi mujer y yo, la misma mierda. Nos merecíamos. Estuve a punto de empezar una discusión y me desinflé. Hablar con esa hueca habría sido como hacerlo con una pared.

—No vuelvas a llamarla de ese modo. Estás advertida. ¡Basta! —la frené de golpe cuando intentó replicar—. Hoy se come bife. Vos comé lo que quieras, pero mis hijos y yo comemos bife. Desde hoy cambiarán muchas cosas aquí. Y si no te gusta, ya sabés dónde está la puerta.

—¿Qué? ¡No podés hablarme así! ¡Soy tu mujer, Nacho!

—Sí, mi mujer —repetí, cansado, más bien hastiado, y me volví hacia mi hijo.